

CRISTIANDAD

Año XIV - Núm. 433

BARCELONA

MARZO 1967

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

POPULORUM PROGRESSIO

Carta Encíclica de S.S. Paulo VI

1. LA CUESTIÓN SOCIAL ES HOY MUNDIAL

Desarrollo de los pueblos

«El desarrollo de los pueblos y muy especialmente el de aquellos que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignorancia, que buscan una más amplia participación en los frutos de la civilización, una valoración más activa de sus cualidades humanas, que se orientan con decisión hacia el pleno desarrollo es observado por la Iglesia con atención. Apenas terminado el II Concilio Vaticano, una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico obliga a la Iglesia a ponerse al servicio de los hombres, para ayudarles a captar todas las dimensiones de este grave problema y convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este cambio decisivo de la historia de la Humanidad.

Enseñanzas sociales de los Papas

En sus grandes encíclicas: *Rerum Novarum* (1), de León XIII, *Quadragesimo Anno*, de Pío XI (2), *Mater et Magistra* (3) y *Pacem in Terris* (4), de Juan XXIII — sin hablar de los mensajes al mundo de Pío XII (5) —, nuestros predecesores no faltaron al deber que tenían de proyectar sobre las cuestiones sociales de su tiempo, la luz del evangelio.

El hecho más importante

Hoy el hecho más importante del que todos deben tomar conciencia es que la cuestión social ha tomado una dimensión mundial. Juan XXIII lo afirma sin ambages (6) y el Concilio se ha hecho eco de esta afirmación en su constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy (7). Esta enseñanza es grave y su aplicación urgente. Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos. La Iglesia sufre ante esta crisis de angustia, y llama a todos, para que respondan con amor.

Antes de nuestra elevación al Sumo Pontificado, nuestros dos viajes a hispanoamérica (1960) y al África (1962) nos pusieron ya en contacto inmediato con los lastimosos problemas que afligen a continentes llenos de vida y de esperanza.

Revestidos de la paternidad universal hemos podido, en nuestros viajes a Tierra Santa y a la India, ver con nuestros ojos y, como tocar con nuestras manos, las gravísimas dificultades que abruman a pueblos de antigua civilización, en lucha con los problemas del desarrollo. Mientras que en Roma se celebraba el segundo Concilio Ecuménico Vaticano, circunstancias providenciales nos condujeron a poder hablar directamente a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Ante tan amplio areopago fuimos el abogado de los pueblos pobres.

Justicia y paz

Por último, con la intención de responder al voto del Concilio y de concretar la aportación de la Santa Sede a esta gran causa de los pueblos en vía de desarrollo, recientemente hemos creído que era nuestro deber crear, entre los organismos centrales de la Iglesia, una Comisión pontificia encargada de “suscitar en todo el pueblo de Dios el pleno conocimiento de la función que los tiempos actuales piden a cada uno, en orden a promover el progreso de los pueblos más pobres, de favorecer la justicia social entre las naciones, de ofrecer a los que se hallan menos desarrollados una tal ayuda que les permita proveer, ellos mismos y para sí mismos, a su progreso” (8). Justicia y paz es su nombre y su programa.

Pensamos que este programa puede y debe juntar a los hombres de buena voluntad con nuestros hijos católicos y hermanos cristianos.

Por esto hoy dirigimos a todos este solemne llamamiento para una acción concreta en favor del desarrollo integral del hombre y del desarrollo solidario de la Humanidad.

PRIMERA PARTE

POR UN DESARROLLO INTEGRAL DEL HOMBRE

I. LOS DATOS DEL PROBLEMA

Aspiraciones de los hombres

Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable, participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres, ser más instruidos, en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más, tal es la aspiración de los hombres de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven condenados a vivir en condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo. Por otra parte, los pueblos llegados recientemente a la independencia nacional sienten la necesidad de añadir a esta libertad política un crecimiento autónomo y digno, social no menos que económico, a fin de asegurar a sus ciudadanos su pleno desarrollo humano y ocupar el puesto que les corresponde en el concierto de las naciones.

Colonización y colonialismo

Ante la amplitud y la urgencia de la labor que hay que llevar a cabo, disponemos de medios heredados del pasado, aun cuando son insuficientes. Ciertamente hay que reconocer que las potencias coloniales con frecuencia han perseguido su propio interés, su poder o su gloria y que al retirarse a veces han dejado una situación económica vulnerable, ligada, por ejemplo, al monocultivo cuyo rendimiento económico está sometido a bruscas y amplias variaciones. Pero aun reconociendo los errores de un cierto tipo de colonialismo y de sus consecuencias negativas es necesario al mismo tiempo rendir homenaje a las cualidades y a las realizaciones que los colonizadores, que, en tantas regiones abandonadas han aportado su ciencia y su técnica dejando preciosos frutos de su presencia. Por incompletas que sean, las estructuras establecidas permanecen y han hecho retroceder la ignorancia y la enfermedad, establecido comunicaciones beneficiosas y mejorado las condiciones de vida.

Desequilibrio creciente

Aceptando lo dicho, es bien cierto que esta preparación es notoriamente insuficiente para enfrentarse con la dura realidad de la economía moderna. Dejada a sí misma su mecanismo conduce al mundo hacia una agravación y no una atenuación, en la disparidad de los niveles de vida los pueblos ricos gozan de un rápido crecimiento, mientras que los pobres se desarrollan lentamente. El

desequilibrio crece: unos producen con exceso géneros alimenticios que faltan cruelmente a otros, y estos últimos ven que sus exportaciones se hacen inciertas.

Al mismo tiempo, los conflictos sociales se han ampliado hasta tomar las dimensiones del mundo. La viva inquietud que se ha apoderado de las clases pobres en los países que se van industrializando, se apodera ahora de aquellas en las que la economía es casi exclusivamente agraria: los campesinos adquieren ellos también la conciencia de su miseria, no merecida (9). A esto se añade el escándalo de las disparidades hirientes no solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder. Mientras que en algunas regiones una oligarquía goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa, está "privada de casi todas las posibilidades de iniciativa personal y de responsabilidad y aun muchas veces incluso viviendo en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana" (10).

Choques entre civilizaciones

Por otra parte, el choque entre las civilizaciones tradicionales y las novedades de la civilización industrial rompe las estructuras, que no se adaptan a las nuevas condiciones; su marco, muchas veces rígido, era el apoyo indispensable de la vida personal y familiar, y los viejos se agarran a él, mientras que los jóvenes lo rehuyen como un obstáculo inútil, para volverse ávidamente hacia nuevas formas de vida social.

El conflicto de las generaciones se agrava así con un trágico dilema: o conservar instituciones y creencias ancestrales y renunciar al progreso o abrirse a las técnicas y civilizaciones que vienen de fuera, pero rechazando con las tradiciones del pasado toda su riqueza humana. De hecho, los apoyos morales, espirituales y religiosos del pasado ceden con mucha frecuencia, sin que por eso mismo esté asegurada la inserción en el mundo nuevo.

Conclusión

En este estado de marasmo la tentación se hace tan violenta que amenaza arrastrar hacia los mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones. ¿Quién no ve los peligros que hay en ello de reacciones populares violentas, de agitaciones insurreccionales y de deslizamientos hacia las ideologías totalitarias? Estos son los datos del problema, cuya gravedad no puede escapar a nadie.

2. LA IGLESIA Y EL DESARROLLO

La obra de los misioneros

Fiel a las enseñanzas y al ejemplo de su Divino fundador, que dio como señal de su misión el anuncio de la

buena nueva a los pobres (11), la Iglesia nunca ha dejado de promover la elevación humana de los pueblos, a los cuales llevaba la fe en Jesucristo. Al mismo tiempo que iglesias, sus misioneros han construido hospicios y hospitales, escuelas y universidades. Enseñando a los indígenas el modo de sacar mayor provecho de los recursos naturales, los han protegido frecuentemente contra la codicia de los extranjeros. Sin duda ninguna su labor, por lo mismo que era humana, no fue perfecta y algunos pudieron mezclar algunas veces no pocos modos de pensar y de vivir de su país de origen con el anuncio del auténtico mensaje evangélico. Pero supieron también cultivar y promover las instituciones locales. En muchas regiones supieron colocarse entre los precursores del progreso material no menos que de la elevación cultural. Basta recordar el ejemplo del Padre Carlos de Foucauld, a quien se juzgó digno de ser llamado, por su caridad, el "hermano universal" y que compiló un precioso diccionario de la lengua tuareg. Hemos de rendir homenaje a estos precursores, muy frecuentemente ignorados, impelidos por la caridad de Cristo, lo mismo que a sus émulos y sucesores, que siguen dedicándose, todavía hoy, al servicio generoso y desinteresado de aquellos que evangelizan.

La Iglesia y el mundo

Pero, en lo sucesivo, las iniciativas locales e individuales no bastan ya. La presente situación del mundo exige una acción de conjunto que tenga como punto de partida una clara visión de todos los aspectos económicos, sociales, culturales y espirituales. Con la experiencia que tiene de la humanidad la Iglesia, sin pretender de ninguna manera mezclarse en la política de los Estados, "sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido" (12). Fundada para establecer desde acá abajo las bases del reino de los cielos y no para conquistar un poder terrenal, afirma claramente que los dos campos son distintos, de la misma manera que son soberanos los dos poderes, el eclesiástico y el civil, cada uno en su terreno (13), pero viviendo en la historia, ella debe "escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio" (14). De acuerdo con las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verlas satisfechas, desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo, y a tal fin les ofrece lo específicamente suyo: una visión global del hombre y de la humanidad.

Visión cristiana del desarrollo

El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre. Con gran exactitud ha subrayado un emienente experto: "Nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo

humano, el desarrollo de las civilizaciones en que está inscrito. Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera" (15).

Vocación al crecimiento

En los designios de Dios cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento ha sido dado a todos, como en germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino que le ha sido propuesto por el Creador; dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento lo mismo que de su salvación, ayudado, y a veces estorbado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más.

Deber personal...

Por otra parte, este crecimiento no es facultativo. De la misma manera que la creación entera está ordenada a su Creador, la criatura espiritual está obligada a orientar espontáneamente su vida hacia Dios, verdad primera y bien soberano. Resulta así que el crecimiento humano constituye como un resumen de nuestros deberes. Más aún, esta armonía de la naturaleza, enriquecida por el esfuerzo personal y responsable, está llamada a superarse a sí misma. Por su inserción en el Cristo vivificante, el hombre tiene el camino abierto hacia dimensión nueva, hacia un humanismo trascendente que le da su mayor plenitud, tal es la finalidad suprema del desarrollo personal.

...y comunitario

Pero cada uno de los hombres es miembro de la sociedad, pertenece a la humanidad entera. Y no es solamente este o aquel hombre, sino que todos los hombres están llamados a este desarrollo pleno. Las civilizaciones nacen, crecen y mueren. Pero como las olas del mar en el flujo de la marea van avanzando, cada una un poco más, en la arena de la playa, de la misma manera la humanidad avanza por el camino de la historia. Herederos de generaciones pasadas y beneficiándonos del trabajo de nuestros contemporáneos, estamos obligados para con todos y no podemos desinteresarnos de los que vendrán a aumentar todavía más el círculo de la familia humana. La solidaridad universal, que es un hecho y un beneficio para todos, es también un deber.

Escala de valores

Este crecimiento personal y comunitario se vería comprometido si se alterase la verdadera escala de valores. Es legítimo el deseo de lo necesario, y el trabajar para conseguirlo es un deber: "El que no quiere trabajar, que no coma" (16), pero la adquisición de los bienes temporales puede conducir a la codicia, al deseo de tener cada vez más y a la tentación de acrecentar el propio poder. La avaricia de las personas, de las familias y de las naciones puede apoderarse lo mismo de los desprovistos que de los más ricos, y suscitar en los unos y en los otros un materialismo sofocante.

Crecimiento ambivalente

Así, pues, el tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último. Todo crecimiento es ambivalente. Necesario para permitir que el hombre sea más hombre, lo encierra como en una prisión, desde el momento que se convierte en el bien supremo, que impide mirar más allá. Entonces los corazones se endurecen y los espíritus se cierran, los hombres ya no se unen por amistad sino por interés, que pronto les hace oponerse unos a otros y desunirse. La búsqueda exclusiva del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser y se opone a su verdadera grandeza; para las naciones como para las personas, las avaricia es la forma más evidente de un subdesarrollo moral.

Hacia una condición más humana

Si para llevar a cabo el desarrollo se necesitan técnicos, cada vez en mayor número, para este mismo desarrollo se exigen más todavía, pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores superiores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación (17).

Así podrá realizar, en toda su plenitud, el verdadero desarrollo, que es el paso para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas.

El ideal a conseguir

Menos humanas: Las carencias materiales de los que están privados del *mínimum vital* y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, que provienen del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales la ampliación de los

conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza (18), la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: El reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar como hijos, en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres.

3. LA OBRA A REALIZAR

Destino universal de los bienes

"Llenad la tierra y sometedla" (19); la Biblia, desde sus primeras páginas, nos enseña que la creación entera es para el hombre, quien tiene que aplicar su esfuerzo inteligente para valorizarla y, mediante su trabajo, perfeccionarla por decirlo así, poniéndola a su servicio. Si la tierra está hecha para procurar a cada uno los medios de subsistencia y los instrumentos de su progreso, todo hombre tiene el derecho de encontrar en ella lo que le es necesario. El reciente Concilio lo ha recordado: "Dios ha destinado la tierra y todo lo que contiene, para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma justa, según la regla de la justicia, inseparable de la caridad" (20) todos los demás derechos sean los que sean, comprendidos en ellos los de propiedad y comercio libre, a ello están subordinados: no deben estorbar, antes al contrario, facilitar su realización, y es un deber social grave y urgente hacerlos volver a su finalidad primera.

La propiedad

"Si alguno tiene bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo es posible que resida en él el amor de Dios?" (21). Sabido es con qué firmeza los Padres de la Iglesia han precisado cuál debe ser la actitud de los que poseen, respecto a los que se encuentran en necesidad: "No es parte de tus bienes — así dice San Ambrosio — lo que tú des al pobre; lo que le das le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos tú te lo apropias. La tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos" (22). Es decir, que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. Nadie está autorizado a reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario. En una palabra: "El derecho de propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los

Padres de la Iglesia y de los grandes teólogos". Si se llegase al conflicto "entre los derechos privados adquiridos y las exigencias comunitarias primordiales, "toca a los poderes públicos "procurar una solución, con la activa participación de las personas y de los grupos sociales" (23).

El uso de las rentas

El bien común exige, pues, algunas veces la expropiación, sí, por el hecho de su extensión, de su explotación deficiente o nula, de la miseria que de ello resulta a la población del daño, considerable producido a los intereses del país, algunas posesiones sirven de obstáculo a la prosperidad colectiva.

Afirmándola netamente (24) el Concilio ha recordado también claramente, que la renta disponible no es cosa que pueda quedar abandonada al libre capricho de los hombres y que las especulaciones egoístas deben ser eliminadas. Desde luego, no se podría admitir que ciudadanos provistos de rentas abundantes, provenientes de los recursos y de la actividad nacional, las transfiriesen en parte considerable al extranjero, por puro provecho personal, sin preocuparse del daño evidente que con ello infligirían a la propia patria (25).

La industrialización

Necesaria para el crecimiento económico y para el progreso humano, la industrialización es al mismo tiempo señal y factor del desarrollo. El hombre, mediante la tenaz aplicación de su inteligencia y de su trabajo, arranca poco a poco sus secretos a la naturaleza y hace un uso mejor de sus riquezas. Al mismo tiempo que disciplina sus costumbres se desarrolla en el gusto por la investigación y la invención, la aceptación del riesgo calculado, la audacia en las empresas, la iniciativa generosa y el sentido de responsabilidad.

Capitalismo liberal

Pero, por desgracia, sobre estas nuevas condiciones de la sociedad ha sido construido un sistema que considera el provecho como motor esencial del progreso económico, la competencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, justamente fue denunciado por Pío XI como generador del imperialismo internacional del dinero (26). No hay mejor manera de reprobarnos tal abuso que recordando solemnemente una vez más que la economía está al servicio del hombre (27). Pero sí es verdadero que un cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos de injusticias y luchas fatídicas

cuyos efectos duran todavía, sería injusto que se atribuyera a la industrialización misma los males que son debidos al nefasto sistema que la acompaña. Por el contrario, es justo reconocer la aportación irremplazable de la organización del trabajo y del progreso industrial a la obra del desarrollo.

El trabajo...

De igual modo, si algunas veces puede reinar una mística exagerada del trabajo no será menos cierto que el trabajo ha sido querido y bendecido por Dios. Creado a imagen suya "el hombre debe cooperar con el Creador en la perfección de la creación y marcar a su vez la tierra con el carácter espiritual, que él mismo ha recibido" (28). Dios, que ha dotado al hombre de inteligencia, de imaginación y de sensibilidad le ha dotado también con el modo de acabar de alguna manera su obra, ya sea el artista o artesano, patrono, obrero o campesino, todo trabajador es un creador. Aplicándose a una materia, que se le resiste, el trabajador le imprime su sello, mientras que él adquiere tenacidad, ingenio y espíritu de invención. Más aún, viviendo en común, participando de una misma esperanza, de un sufrimiento, de una ambición y de una alegría, el trabajo une las voluntades, aproxima los espíritus y funde los corazones al realizarlo, los hombres descubren que son hermanos (29).

...y su ambivalencia

El trabajo, sin duda ambivalente, porque promete el dinero, la alegría y el poder, invita a los unos al egoísmo y a los otros a la revuelta, desarrolla también la conciencia profesional, el sentido del deber y la caridad para con el prójimo. Más científico y mejor organizado tiene el peligro de deshumanizar a quien lo realiza, convertido en siervo suyo, porque el trabajo no es humano si no permanece inteligente y libre. Juan XXIII ha recordado la urgencia de restituir al trabajador su dignidad, haciéndole participar realmente en la labor común: "Se debe tender a que la Empresa se convierta en una comunidad de personas, en las relaciones, en las funciones y en la situación de todo el personal" (30). Pero el trabajo de los hombres, tiene para el cristiano un significado mucho mayor teniendo también la misión de colaborar a la misión del mundo sobrenatural (31) que queda incompleto hasta que lleguemos todos juntos a constituir aquel hombre perfecto de que habla San Pablo, "que realiza la plenitud de Cristo" (32).

La urgencia de la obra a realizar

Hay que darse prisa. Muchos hombres sufren y aumentan la distancia que separa el progreso de los unos del

estancamiento y aun retroceso de los otros. Sin embargo, es necesario que la labor que hay que realizar progrese armoniosamente, so pena de ver roto el equilibrio que es indispensable. Una reforma agraria improvisada puede frustrar su finalidad. Una industrialización brusca puede dislocar las estructuras que todavía son necesarias y engendrar miserias sociales, que serían un retroceso desde el punto de vista de los valores humanos.

Tentación de la violencia

Es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, que les impide toda iniciativa viven en una tal dependencia tal que les impide cualquier iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana.

Revolución

Sin embargo, ya se sabe: la insurrección revolucionaria, salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país, engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor.

Reforma

Entiéndasenos bien: la situación presente tiene que afrontarse valerosamente y combatirse y vencerse las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes, cada uno debe aceptar generosamente su papel, sobre todo los que por su educación, su situación y su poder tienen grandes posibilidades de acción. Que, dando ejemplo, empiecen con sus propios haberes, como ya lo han hecho muchos hermanos nuestros en eliscopado (33). Responderán así a la expectación de los hombres y serán fieles al espíritu de Dios, porque es el fermento evangélico el que ha suscitado y suscitará en el corazón del hombre una exigencia incoercible de dignidad (34).

Programas y planificación...

La sola iniciativa individual y el simple juego de la competencia no serían suficientes para asegurar el éxito del desarrollo. No hay que arriesgarse a aumentar todavía más la riqueza de los ricos y la potencia de los fuertes,

confirmando así la miseria de los pobres y añadiéndola a la servidumbre de los oprimidos. Los programas son necesarios para "animar, estimular, coordinar, suplir e integrar" (35) la acción de los individuos y de los cuerpos intermedios. Toca a los poderes públicos escoger y ver el modo de imponer los objetivos que hay que proponerse, las metas que hay que fijar, los medios para llegar a ellas, estimulando al mismo tiempo todas las fuerzas agrupadas en esta acción común. Pero ellas han de tener cuidado de asociar a esta empresa las iniciativas privadas y los cuerpos intermedios. Evitarán así el riesgo de una colectivización integral o de una planificación arbitraria que, al negar la libertad, excluiría el ejercicio de los derechos fundamentales de la persona humana.

...al servicio del hombre

Porque todo programa concebido para aumentar la producción, al fin y al cabo no tiene otra razón de ser que el servicio de la persona, si existe es para reducir las desigualdades, combatir las discriminaciones, librar al hombre de la esclavitud, hacerse capaz de ser por sí mismo agente responsable de su mejora material, de su progreso moral y de su desarrollo espiritual. Decir desarrollo es, efectivamente, preocuparse tanto por el progreso social como por el crecimiento económico. No basta aumentar la riqueza común para que sea repartida equitativamente. No basta promover la técnica para que la tierra sea humanamente más habitable. Los errores de los que han ido por delante deben advertir a los que están en vía de desarrollo de cuáles son los peligros que hay que evitar en este terreno. La tecnocracia del mañana puede engendrar males no menos temibles que los del liberalismo de ayer. Economía y técnica no tiene sentido si no es por el hombre, a quien deben servir. El hombre no es verdaderamente hombre más que en la medida en que, dueño de sus acciones y juez de su valor se hace él mismo autor de su progreso, según la naturaleza que le ha sido dada por su Creador y de la cual asume libremente las posibilidades y las exigencias.

Alfabetización

Se puede también afirmar que el crecimiento económico depende, en primer lugar, del progreso social, por eso, la educación básica es el primer objetivo de un plan de desarrollo. Efectivamente, el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos: un analfabeto es un espíritu subalimentado. Saber leer y escribir, adquirir una formación profesional, es recobrar la confianza en sí mismo y descubrir que se puede progresar al mismo tiempo que los demás. Como dijimos en nuestro mensaje al Congreso de la UNESCO en 1965, en Teherán, la alfabetización es para el hombre "un factor primordial de integración social no menos que de enriquecimiento

personal. Para la sociedad, un instrumento privilegiado de progreso económico y de desarrollo” (36). Por eso nos alegramos del gran trabajo realizado en este dominio por las iniciativas privadas, los poderes públicos y las organizaciones internacionales: son los primeros artífices del desarrollo al capacitar al hombre a realizarlo por sí mismo.

Familia

Pero el hombre no es el mismo sino en su medio social, donde la familia tiene una función primordial que ha podido ser expresiva, según los tiempos y los lugares en que se ha ejercitado, con detrimento de las libertades fundamentales de la persona. Los viejos cuadros sociales de los países en vía de desarrollo, a veces demasiado rígidos y mal organizados, es sin embargo menester conservarlos todavía algún tiempo, aflojando progresivamente su exagerado dominio. Pero la familia natural, monógama y estable, tal como los designios divinos la han concebido (37) y que el cristianismo ha santificado, debe permanecer como “punto en el que coinciden distintas generaciones que se ayudan mutuamente a lograr una más completa sabiduría y armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social (38).

Demografía

Es cierto que muchas veces un crecimiento demográfico acelerado añade sus dificultades a los problemas del desarrollo. El volumen de la población crece con más rapidez que los recursos disponibles. Nos encontramos aparentemente encerrados en un callejón sin salida. Es, pues, grande, la tentación de frenar el crecimiento demográfico con medidas radicales. Es cierto que los poderes públicos, dentro de los límites de su competencia pueden intervenir, llevando a cabo una información apropiada y adoptando las medidas convenientes, con tal de que estén de acuerdo con las exigencias de la ley moral y respeten la justa libertad de los esposos. Sin derecho inalienable al matrimonio y a la procreación no hay dignidad humana. Al fin y al cabo es a los padres a los que les toca decidir, con pleno conocimiento de causa, el número de sus hijos, aceptando sus responsabilidades ante Dios, ante ellos mismos, ante los hijos que ya han traído al mundo y ante la comunidad a la que pertenecen, siguiendo las exigencias de su conciencia, instruida por la ley de Dios, auténticamente interpretada y sostenida por la confianza en Él (39).

Organización profesional

En la obra del desarrollo el hombre, que encuentra en la familia su medio de vida primordial, se ve frecuentemente

ayudado por las organizaciones profesionales. Si su razón de ser es la de promover los intereses de sus miembros, su responsabilidad es grande ante la función educativa que pueden y al mismo tiempo deben cumplir. A través de la información que ellas procuran, de la formación que ellas proponen, pueden mucho para dar a todos el sentido del bien común y de las obligaciones que esto supone para cada uno.

Pluralismo legítimo

Toda acción social implica una doctrina. El cristiano no puede admitir la que supone una filosofía materialista y atea, que no respeta ni la orientación religiosa de la vida hacia su fin último ni la libertad ni la dignidad humanas. Pero con tal de que estos valores queden a salvo un pluralismo de las organizaciones profesionales y sindicales es admisible desde un cierto punto de vista es útil si protege la libertad y provoca la emulación. Por eso rendimos un homenaje cordial a todos los que trabajan en el servicio desinteresado de sus hermanos.

Formación cultural

Además de las organizaciones profesionales, es de notar la actividad de las instituciones culturales. Su función no es menor para el éxito del desarrollo. “El porvenir del mundo corre peligro, afirma gravemente el Concilio. Si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría.” Y añade: “Muchas naciones económicamente más pobres, pero ricas de sabiduría, pueden prestar a las demás una extraordinaria utilidad” (40). Rico o pobre, cada país posee una civilización, recibida de sus mayores: institución exigida por la vida terrena y manifestaciones superiores — artísticas, intelectuales y religiosas — de la vida del espíritu mientras que éstas contengan verdaderos valores humanos, sería un grave error sacrificarlas a aquellas otras. Un pueblo que lo permitiera perdería con ello lo mejor de sí mismo y sacrificaría, para vivir, sus razones de vivir. La enseñanza de Cristo vale también para los pueblos: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?” (41).

Tentación materialista

Los pueblos pobres, jamás estarán suficientemente en guardia contra esta tentación, que les viene de los pueblos ricos. Éstos presentan con demasiada frecuencia, con el ejemplo de sus éxitos en una civilización técnica y cultural, el modelo de una actividad aplicada principalmente a la conquista de la prosperidad material. No es que esta última cierre el camino por sí misma a las actividades del espíritu. Por el contrario, siendo éste “menos esclavo de las cosas puede elevarse más fácilmente a la adoración y

a la contemplación del mismo Creador" (42). Pero a pesar de ello "la misma civilización moderna, no ciertamente por su naturaleza intrínseca sino porque se encuentra excesivamente aplicada a las realidades terrenales, puede hacer muchas veces más difícil el acceso a Dios" (43). En todo aquello que se les propone, los pueblos en fase de desarrollo deben, pues, saber escoger, discernir y eliminar los falsos bienes que traerían consigo un descenso del ideal humano, aceptando los valores sanos y benéficos para desarrollarlos, juntamente con los suyos y según su carácter propio.

HACIA UN HUMANISMO PLENARIO

Conclusión

Es un humanismo pleno el que hay que promover (44). ¿Qué quiere decir esto sino el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres? Un humanismo cerrado impenetrable a los valores del espíritu y a Dios, que es la fuente de ellos, podría aparentemente triunfar. Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero "al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano" (45). No hay, pues, más que un humanismo verdadero que se abre al absoluto, en el reconocimiento de una vocación que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose. Según la tan acertada expresión de Pascal: "El hombre supera infinitamente al hombre" (46).

El desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad. Nos lo decíamos en Bombay. "El hombre debe encontrar al hombre, las naciones deben encontrarse entre sí como hermanos y hermanas, como hijos de Dios. En esta comprensión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos igualmente comenzar a actuar a una para edificar el porvenir común de la Humanidad" (47).

Sugeríamos también la búsqueda de medios concretos y prácticos para poner en común los recursos disponibles y realizar así una verdadera comunión entre todas las naciones.

Fraternidad de los pueblos

Este deber concierne, en primer lugar, a los más favorecidos.

Sus obligaciones tienen sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural y se presentan bajo un triple aspecto: deber de solidaridad en la ayuda que las naciones ricas deben aportar a los países en vía de desarrollo. Deber de justicia social, enderezando las relaciones comerciales defectuosas entre los pueblos fuertes y débiles. Deber de caridad universal, por la promoción de

un mundo más humano para todo, en donde todos tengan que dar y recibir, sin que el progreso de los unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros. La cuestión es grave, ya que el porvenir de la civilización mundial depende de ello.

LA ASISTENCIA A LOS DÉBILES

Lucha contra el hambre

"Si un hermano o una hermana están desnudos — dice Santiago —, si les falta el alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dice: "Andad en paz, calentaos, saciaos", sin darles lo necesario para su cuerpo, ¿para qué les sirve eso?" (48). Hoy en día nadie puede ya ignorarlo, en continentes enteros son innumerables los hombres y mujeres torturados por el hambre, son innumerables los niños subalimentados hasta tal punto que un buen número de ellos muere en la tierna edad, el crecimiento físico y el desarrollo mental de muchos otros se ve con ello comprometido, y enteras regiones se ven así condenadas al más triste desaliento.

...hoy

Llamamientos angustiosos han resonado ya. El de Juan XXIII fue calurosamente recibido (49). Nos lo hemos reiterado en nuestro mensaje de Navidad 1963 (50). Y de nuevo en favor de la India en 1966 (51). La campaña contra el hambre emprendida por la Organización Internacional para la Alimentación y la Agricultura (FAO), alentada por la Santa Sede, ha sido secundada con generosidad. Nuestra Cáritas internacional actúa por todas partes, y numerosos católicos, bajo el impulso de nuestros hermanos en el episcopado, dan y se entregan sin reserva a fin de ayudar a los necesitados, agrandando progresivamente el círculo de sus prójimos.

...mañana

Pero todo ello, al igual que las inversiones privadas y públicas ya realizadas, las ayudas y los préstamos otorgados, no bastan. No se trata sólo de vencer el hambre, ni siquiera de hacer retroceder la pobreza. El combate contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción ni raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada. Un mundo donde la libertad no sea una palabra vana y donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico (52). Ello exige a este último mucha generosidad, innumerables sacrificios y un esfuerzo sin descanso. A ca-

da uno le toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz para nuestra época. ¿Está dispuesto a sostener con su dinero las obras y las empresas organizadas en favor de los más pobres? ¿A pagar más impuestos para que los poderes públicos intensifiquen su esfuerzo para el desarrollo? ¿A comprar más caros los productos importados a fin de remunerar más justamente al productor? ¿A expatriarse a sí mismo si es joven, ante la necesidad de ayudar este crecimiento de las naciones jóvenes?

Deber de solidaridad

El deber de solidaridad de las personas es también el de los pueblos: "Los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vía de desarrollo" (53). Se debe poner en práctica esta enseñanza conciliar. Si es normal que una población sea el primer beneficiario de los dones otorgados por la Providencia como fruto de su trabajo, no puede ningún pueblo, sin embargo, pretender reservar sus riquezas para su uso exclusivo. Cada pueblo debe producir más y mejor, a la vez para dar a sus súbditos un nivel de vida verdaderamente humano y para contribuir también al desarrollo solidario de la humanidad. Ante la creciente indigencia de los países subdesarrollados, se debe considerar como normal el que un país desarrollado consagre una parte de su producción a satisfacer las necesidades de aquéllos. Igualmente normal que forme educadores, ingenieros, técnicos y científicos que pongan su ciencia y su competencia al servicio de ellos.

Lo superfluo

Hay que decirlo una vez más: lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres. La regla que antiguamente valía en favor de los más cercanos debe aplicarse hoy a la totalidad de la necesidad del mundo. Los ricos, por otra parte, serán los primeros beneficiados de ello. Si no, su prolongada avaricia no hará más que suscitar el juicio de Dios y la cólera de los pobres. Con imprevisibles consecuencias. Replegadas en su egoísmo, las civilizaciones actualmente florecientes atentarían a sus valores más altos, sacrificando la voluntad de ser más al deseo de poseer en mayor abundancia. Y se aplicaría a ellos la parábola del hombre rico cuyas tierras habían producido mucho y que no sabía dónde almacenar la cosecha: "Dios le dice: Insensato, esta misma noche te pedirán el alma" (54).

Programas

Estos esfuerzos a fin de obtener su plena eficacia, no deberían permanecer dispersos o aislados, y menos aún opuestos, por razones de prestigio o poder: la situación

exige programas concertados. En efecto, un programa es más y es mejor que una ayuda ocasional dejada a la buena voluntad de cada uno. Supone, Nos lo hemos dicho ya antes, estudios profundos, fijar los objetivos, determinar los medios, aunar los esfuerzos a fin de responder a las necesidades presentes y a las exigencias previsibles. Más aún, sobrepasa las perspectivas del crecimiento económico y del progreso social: da sentido y valor a la obra que debe realizarse. Arreglando el mundo se valoriza al hombre.

Fondo mundial...

Hará falta ir más lejos aún. Nos pedimos en Bombay la constitución de un gran fondo mundial alimentado con una parte de los gastos militares, a fin de ayudar a los más desheredados (55). Esto que vale para la lucha inmediata contra la miseria, vale igualmente a escala del desarrollo. Sólo una colaboración mundial de la cual un fondo común sería al mismo tiempo símbolo e instrumento, permitiría superar las rivalidades estériles y suscitar un diálogo pacífico y fecundo entre todos los pueblos.

...y sus ventajas

Sin duda acuerdos bilaterales o multilaterales pueden seguir existiendo: ellos permiten sustituir las relaciones de dependencias y amargas surgidas en la era colonial, por felices relaciones de amistad, desarrolladas sobre un pie de igualdad jurídica y política. Pero incorporados en un programa de colaboración mundial, se verían libres de toda sospecha. Las desconfianzas de los beneficios se atenuarían. Éstos temerían menos ciertas manifestaciones disimuladas bajo la ayuda financiera o la asistencia técnica de lo que se ha llamado el neocolonialismo, bajo forma de presiones políticas y de dominación económica encaminadas a defender o a conquistar una hegemonía dominadora.

Su urgencia...

¿Quién no ve además que un tal fondo facilitaría la reducción de ciertos despilfarros, fruto del temor o del orgullo? Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos se convierte en un escándalo intolerable. Nos, nos vemos obligados a denunciarlo. Quieran los responsables oírnos antes de que sea demasiado tarde.

Diálogo a instaurar...

Esto quiere decir que es indispensable se establezca entre todos el diálogo, a favor del cual nos hacíamos votos en nuestra primera Encíclica "Ecclesiam Suam" (56). Este diálogo entre quienes aportan los medios y quienes se benefician de ellos permitirá medir las aportaciones, no sólo de acuerdo con la generosidad y las disponibilidades de los unos, sino también en función de las necesidades reales y de las posibilidades de empleo de los otros. Entonces los países en vía de desarrollo no correrán en adelante el riesgo de estar abrumados de deudas, cuya satisfacción absorba la mayor parte de sus beneficios. Las tasas de interés y la duración de los préstamos deberán disponerse de manera soportable para los unos y para los otros, equilibrando las ayudas gratuitas, los préstamos sin interés o con un interés mínimo y la duración de las amortizaciones. A quienes proporcionen los medios financieros se les podrán dar garantías sobre el empleo que se hará del dinero, según el plan convenido y con una eficiencia razonable, puesto que no se trata de favorecer a los perezosos y parásitos. Y los beneficios podrán exigir que no haya ingerencia en su política y que no se perturbe su estructura social. Como estados soberanos a ellos les corresponde dirigir por sí mismos sus asuntos, determinar su política y orientarse libremente hacia la forma de sociedad que han escogido. Se trata, por lo tanto, de instaurar una colaboración voluntaria, una participación eficaz de los unos con los otros, en una dignidad igual, para la construcción de un mundo más humano.

...su necesidad

"La tarea podría parecer imposible en regiones donde la preocupación por la subsistencia cotidiana acapara toda la existencia de familias incapaces de concebir un trabajo que les preparase para un porvenir menos miserable. Y sin embargo, es precisamente a estos hombres y mujeres a quienes hay que ayudar y a quienes hay que convencer que realicen ellos mismos su propio desarrollo y que adquieran progresivamente los medios para ello. Esta obra común no irá adelante, claro está, sin un esfuerzo concertado, constante y animoso.

Pero que cada uno se persuada profundamente: está en juego la vida de los pueblos pobres, la paz civil de los países en vía de desarrollo, y la paz del mundo.

LA EQUIDAD EN LAS RELACIONES COMERCIALES

Los esfuerzos aún considerables que se han hecho para ayudar en el plan financiero y técnico a los países en vía de desarrollo, serían ilusorios si sus resultados fuesen

parcialmente anulados por el juego de las relaciones comerciales entre países ricos y entre países pobres. La confianza de estos últimos se quebrantaría si tuviesen la impresión de que una mano les quita lo que la otra les da.

Distorsión creciente

Las naciones altamente industrializadas exportan sobre todo productos elaborados, mientras que las economías poco desarrolladas no tienen para vender más que productos agrícolas y materias primas. Gracias al progreso técnico los primeros amueñan rápidamente de valor y encuentran suficiente mercado. Por el contrario, los productos primarios que provienen de los países subdesarrollados, sufren amplias y bruscas variaciones de precio, muy lejos de esa plusvalía progresiva. De ahí provienen para las naciones poco industrializadas grandes dificultades cuando han de contar con sus exportaciones para equilibrar su economía y realizar su plan de desarrollo. Los pueblos pobres permanecen siempre pobres y los ricos se hacen cada vez más ricos.

Más allá del liberalismo

Es decir, que la regla del libre cambio no puede seguir rigiendo ella sola las relaciones internacionales. Sus ventajas son ciertamente evidentes cuando las partes no se encuentran en condiciones demasiado desiguales de potencia económica: es un estímulo del progreso y recompensa el esfuerzo. Por eso los países industrialmente desarrollados ven en ella una ley de justicia. Pero ya no es lo mismo cuando las condiciones son demasiado desiguales de país a país: los precios que se forman "libremente" en el mercado pueden llevar consigo resultados inicuos. Es por consiguiente el principio fundamental del liberalismo como regla de los intercambios comerciales el que está aquí en litigio.

Justicia de los contratos a nivel de los pueblos

La enseñanza de León XIII en la "Rerum Novarum" conserva su validez: el consentimiento de las partes, si están en situaciones demasiado desiguales, no basta para garantizar la justicia del contrato y la regla del libre consentimiento queda subordinada a las exigencias del derecho natural. (57). Lo que era verdadero acerca del justo salario individual lo es también respecto a los contratos internacionales. Una economía de intercambio no puede seguir descansando sobre la sola ley de la libre concurrencia que engendra también demasiado a menudo una dictadura económica. El libre intercambio sólo es equitativo si está sometido a las exigencias de la justicia social.

Medidas a tomar

Por lo demás, esto lo han comprendido los mismos países desarrollados, que se esfuerzan con medidas adecuadas por restablecer, en el seno de su propia economía, un equilibrio que la concurrencia, dejada a su libre juego, tiende a comprometer. Así sucede que a menudo sostienen su agricultura a costa de sacrificios impuestos a los sectores económicos más favorecidos. Así también, para mantener las relaciones comerciales que se desenvuelven entre ellos particularmente en el interior de un mercado común, su política financiera, fiscal y social se esfuerza por procurar a industrias concurrentes de prosperidad desigual, oportunidades semejantes.

Convenciones internacionales

No usar aquí dos pesos y dos medidas. Lo que se admite entre países desarrollados, vale también en las relaciones comerciales entre ricos países y países pobres. Sin abolir el mercado de competencia, hay que mantenerlo dentro de los límites que lo hacen justo y moral, y por tanto humano. En el comercio entre economías desarrolladas y subdesarrolladas las situaciones son demasiado dispares y las libertades reales demasiado desiguales. La justicia social exige que el comercio internacional, para ser humano y moral, restablezca entre las partes al menos una cierta igualdad de posibilidades. Esta última es un objetivo a largo plazo. Mas para llegar a él, es preciso crear desde ahora una igualdad real en las discusiones y negociaciones. Aquí también serían útiles convenciones internacionales de radio suficientemente vasto: ellas establecerían normas generales con vistas a regularizar ciertos precios, garantizar determinadas producciones, sostener ciertas industrias nacientes. ¿Quién no ve que un tal esfuerzo común hacia una mayor justicia en las relaciones comerciales entre los pueblos aportaría a los países en vías de desarrollo una ayuda positiva, cuyos efectos no serían solamente inmediatos sino duraderos?

Obstáculos a vencer: el nacionalismo

Todavía otros obstáculos se oponen a la formación de un mundo más justo y más estructurado dentro de una solidaridad universal: queremos hablar del nacionalismo y del racismo. Es natural que comunidades recientemente llegadas a su independencia política sean celosas de una unidad nacional aún frágil y se esfuercen por protegerla. Es normal también que naciones de vieja cultura estén orgullosas del patrimonio que les ha legado su historia. Pero estos legítimos sentimientos deben ser sublimados por la caridad universal que engloba a todos los miembros de la familia humana. El nacionalismo aísla los pueblos en contra de lo que es su verdadero bien. Sería particu-

larmente nocivo allí en donde la debilidad de las economías nacionales exige por el contrario la puesta en común de los esfuerzos de los conocimientos y de los medios financieros, para realizar los programas de desarrollo e incrementar los intercambios comerciales y culturales.

El racismo

El racismo no es patrimonio exclusivo de las naciones jóvenes, en las que a veces se disfraza bajo las rivalidades de clanes y de Partidos políticos, con gran perjuicio de la justicia y con peligro de la paz civil. La era colonial ha creado a menudo un muro de separación entre colonizadores e indígenas, poniendo obstáculos a una fecunda inteligencia recíproca y provocando muchos rencores como consecuencia de verdaderas injusticias. Es también un obstáculo a la colaboración entre naciones menos favorecidas y un fermento de división y de odio en el seno mismo de los Estados cuando, con menosprecio de los derechos imprescriptibles de la persona humana, individuos y familias se ven injustamente sometidos a un régimen de excepción, por razón de su raza o de su color.

Hacia un mundo solidario

Una tal situación, tan cargada de amenazas para el porvenir, nos aflige profundamente. Abrigamos, con todo, la esperanza de que una necesidad más sentida de colaboración y un sentido más agudo de la solidaridad, acabarán por prevalecer sobre las incomprendiones y los egoísmos. Esperamos que los países cuyo desarrollo está menos avanzado sabrán aprovecharse de su vencidad para organizar entre ellos, sobre áreas territorialmente extensas, zonas de desarrollo conjunto: establecer programas comunes, coordinar las inversiones, repartir las posibilidades de producción, organizar los intercambios. Esperamos también que las organizaciones multilaterales e internacionales encontrarán, por medio de una reorganización necesaria, los caminos que permitirán a los pueblos todavía subdesarrollados salir de los atolladeros en que parecen estar encerrados y descubrir por sí mismos, dentro de la fidelidad a su peculiar modo de ser, los medios para su progreso social y humano.

Todos los pueblos artífices de su propio destino

Porque esa es la meta a la que hay que llegar. La solidaridad mundial, cada día más eficiente, debe permitir a todos los pueblos el llegar a ser por sí mismos artífices de su destino. El pasado ha sido marcado demasiado frecuentemente por relaciones de fuerza entre las naciones: venga ya el día en que las relaciones interna-

cionales lleven el cuño del mutuo respeto y de la amistad, de la interdependencia en la colaboración y de la promoción común bajo la responsabilidad de cada uno. Los pueblos más jóvenes o más débiles reclaman tener su parte activa en la construcción de un mundo mejor, más respetuoso de los derechos y de la vocación de cada uno. Este clamor es legítimo: a la responsabilidad de cada uno queda el escucharlo y el responder a él.

LA CARIDAD UNIVERSAL

El mundo está enfermo. Su mal está menos en la dilapidación de los recursos y en su acaparamiento por parte de algunos, que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos.

Deberes conexos con la hospitalidad

No insistiremos nunca demasiado en el deber de hospitalidad — debe ser solidaridad humana y de caridad cristiana —, que incumbe tanto a las familias, como a las organizaciones culturales de los países que acogen a los extranjeros. Es necesario multiplicar residencias y hogares que acojan sobre todo a los jóvenes. Esto, ante todo, para protegerles contra la soledad, el sentimiento de abandono, la angustia, que destruyen todo resorte moral. También para defenderles contra la situación malsana en que se encuentran, forzados a comparar la extrema pobreza de su patria con el lujo y el derroche que a menudo les rodea. Y asimismo para ponerles al abrigo de doctrinas subversivas y de tentaciones agresivas que les asaltan, ante el recuerdo de tanta "miseria inmerecida" (58). Sobre todo, en fin, para ofrecerles, con el calor de una acogida fraterna, el ejemplo de una vida sana, la estima de la caridad cristiana auténtica y eficaz, el aprecio de los valores espirituales.

Drama de los estudiantes

Es doloroso pensarlo: numerosos jóvenes venidos a países más avanzados para recibir la ciencia, la competencia y la cultura, que les harán más aptos para servir a su patria, adquieren ciertamente una formación más cualificada, pero pierden demasiado a menudo la estima de unos valores espirituales que muchas veces se encuentran, como precioso patrimonio, en aquellas civilizaciones que les han visto crecer.

Trabajadores extranjeros

La misma acogida debe ofrecerse a los trabajadores emigrados que viven muchas veces en condiciones inhumanas, ahorrando de su salario para sostener a sus familias, que se encuentran en la miseria en su suelo natal.

Sentido social

Nuestra segunda recomendación va dirigida a aquellos a quienes sus negocios llaman a países recientemente abiertos a la industrialización: industriales, comerciantes, dirigentes o representantes de las grandes Empresas. Sucede a menudo que no están desprovistos de sentido social en su propio país. ¿Por qué de nuevo retroceder a los principios inhumanos del individualismo cuando ellos trabajan en países menos desarrollados? La superioridad de su situación debería, al contrario, convertirlos en los iniciadores del progreso social y de la promoción humana, allí donde sus negocios les llaman. Su mismo sentido de organización debería sugerirles los medios de valorizar el trabajo indígena, de formar obreros cualificados, de preparar ingenieros y mandos intermedios, de dejar sitio a sus iniciativas, de introducirles progresivamente en los puestos más elevados, disponiéndoles así para que en un próximo porvenir puedan compartir con ellos las responsabilidades de la dirección. Que al menos la justicia regule siempre las relaciones entre jefes y subordinados. Que unos contratos bien establecidos rijan las obligaciones recíprocas. Que no haya nadie, en fin, sea cual sea su situación, que les deje injustamente sometidos a la arbitrariedad.

Misión de desarrollo

Cada vez son más numerosos, nos alegramos de ello, los técnicos enviados en misión de desarrollo por las instituciones internacionales o bilaterales u organismos privados. "No deben comportarse como dominadores, sino como asistentes y colaboradores" (59). Un pueblo percibe en seguida si los que vienen en su ayuda lo hacen con o sin afección, para aplicar unas técnicas o para darle al hombre todo su valor. Su mensaje queda expuesto a no ser recibido si no va acompañado del amor fraterno.

Cualidad de los expertos

A la competencia técnica necesaria tienen, pues, que añadir las señales auténticas de un amor desinteresado. Libres de todo orgullo nacionalista, como de toda apariencia de racismo, los técnicos deben aprender a trabajar en estrecha colaboración con todos. Saben que su competencia no les confiere una superioridad en todos los terrenos. La civilización que les ha formado contiene ciertamente elementos de humanismo universal, pero ella no es única ni exclusiva y no puede ser importada sin adaptación. Los agentes de estas misiones se esforzarán sinceramente por descubrir, junto con su historia, los componentes y las riquezas culturales del país que les recibe. Se establecerá con ello un contacto que fecundará una y otra civilización.

Diálogos de civilización

Entre las civilizaciones, como entre las personas, un diálogo sincero es, en efecto, creador de fraternidad. La Empresa del desarrollo acercará los pueblos en las realizaciones que persigue el común esfuerzo, si todos, desde los gobernantes hasta el más humilde técnico, se sienten animados por un amor fraternal y movidos por el deseo sincero de construir una civilización de solidaridad mundial. Un diálogo centrado sobre el hombre y no sobre los productos o sobre las técnicas, comenzará entonces. Será fecundo si aporta a los pueblos que de él se benefician, los medios que lo eleven y lo espiritualicen; si los técnicos se hacen educadores y si las enseñanzas impartidas están marcadas por una cualidad espiritual y moral tan elevadas que garanticen un desarrollo que no sea solamente económico, sino también humano. Más allá de la asistencia técnica, las relaciones así establecidas perdurarán. ¿Quién no ve la importancia que entonces tendrán para la paz del mundo?

Llamada a los jóvenes

Muchos jóvenes han respondido ya con ardor y entrega a la llamada de Pío XII para un laicado misionero (60). Son muchos también los que se han puesto espontáneamente a disposición de organismos, oficiales o privados, que colaboran con los pueblos en vía de desarrollo. Nos sentimos viva satisfacción al saber que en ciertas naciones el "servicio militar" puede convertirse en parte en un servicio civil". Nos bendecimos estas iniciativas y la buena voluntad de los que las secundan. Ojalá que todos los que se dicen de Cristo puedan escuchar su llamada: "Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui un extranjero y me recibisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y me vinisteis a ver" (61). Nadie puede permanecer indiferente ante la suerte de sus hermanos que todavía yacen en la miseria presa de la ignorancia, víctimas de la inseguridad. Como el corazón de Cristo, el corazón del cristiano debe sentir compasión de tanta miseria: "Siento compasión por esta muchedumbre" (62).

Oración y acción

La oración de todos debe subir con fervor al Todopoderoso, a fin de que la humanidad, consciente de tan grandes calamidades, se aplique con inteligencia y firmeza a abolirlas. A esta oración debe corresponder la entrega completa de cada uno, en la medida de sus fuerzas y de sus posibilidades, en la lucha contra el subdesarrollo. Que los individuos, los grupos sociales y las naciones se den fraternalmente la mano, el fuerte ayudando al débil a levantarse, poniendo en ello toda su competencia, su

entusiasmo y su amor desinteresado. Más que nadie, el que está animado de una verdadera caridad es ingenioso para descubrir las causas de la miseria, para encontrar los medios de combatirla, para vencerla con intrepidez. Amigo de la paz, "proseguirá su camino, irradiando alegría y derramando luz y gracia en el corazón de los hombres en toda la faz de la tierra, haciéndoles descubrir, por encima de todas las fronteras, el rostro de los hermanos, el rostro de los amigos" (63).

EL DESARROLLO ES EL NUEVO NOMBRE DE LA PAZ

Conclusión

Las diferencias económicas, sociales y culturales demasiado grandes entre los pueblos provocan tensiones y discordias, y ponen la paz en peligro. Como Nos dijimos a los Padres conciliares a la vuelta de nuestro viaje de paz a la ONU, "la condición de los pueblos en vía de desarrollo deber ser más atenta, más activa, más generosa" debe formar el objeto de nuestra consideración, mejor dicho, nuestra caridad para con los pobres que se encuentran en el mundo — y que son legión — (64). Combatir la miseria y luchar contra la injusticia, es promover, a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos, y por consiguiente el bien común de la humanidad. La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres (65).

Salir del aislamiento

Constructores de su propio desarrollo, los pueblos son los primeros responsables de él. Pero no lo realizarán en el aislamiento. Los acuerdos regionales entre los pueblos débiles a fin de sostenerse mutuamente, los acuerdos más amplios para venir en su ayuda. las convenciones más ambiciosas entre unos y otros para establecer programas concertados, son los jalones de este camino del desarrollo que conduce a la paz.

Hacia una autoridad mundial eficaz

Esta colaboración internacional a vocación mundial requiere unas instituciones que la preparen, la coordinen y la rijan hasta constituir un orden jurídico universalmente reconocido. De todo corazón Nos alentamos las organizaciones que han puesto mano en esta colaboración para el desarrollo, y deseamos que crezcan su autoridad. Vuestra vocación, dijimos a los representantes de las Naciones Unidas en Nueva York, es la de hacer frater-

nizar, no solamente a algunos pueblos, sino a todos los pueblos. ¿Quién no ve la necesidad de llegar así progresivamente a instaurar una autoridad mundial que pueda actuar eficazmente en el terreno jurídico en el de la política? (66).

Esperanzas fundadas en un mundo mejor

Algunos creerán utópicas tales esperanzas. Tal vez no sea consistente su realismo y tal vez no hayan percibido el dinamismo de un mundo que quiere vivir más fraternalmente y que, a pesar de sus ignorancias, sus errores, sus pecados, sus recaídas en la barbarie y sus alejados extravíos fuera del camino de la salvación, se acerca lentamente, aun sin darse cuenta de ello, hacia su Creador. Este camino hacia más y mejores sentimientos de humanidad pide esfuerzo y sacrificio, pero el mismo sufrimiento, aceptado por amor hacia nuestros hermanos, es portador de progreso para toda la familia humana. Los cristianos saben que la unión al sacrificio del Salvador contribuye a la edificación del cuerpo de Cristo en su plenitud: el pueblo de Dios reunido (67).

Todos solidarios

En esta marcha, todos somos solidarios. A todos hemos querido Nos recordar la amplitud del drama y la urgencia de la obra que hay que llevar a cabo. La hora de la acción ha sonado ya: la supervivencia de tantos niños inocentes, el acceso a una condición humana de tantas familias desgraciadas, la paz del mundo, el porvenir de la civilización están en juego. Todos los hombres y todos los pueblos deben asumir sus responsabilidades.

LLAMADA FINAL

Católicos

Nos conjuramos en primer lugar a todos nuestros hijos. En los países en vía de desarrollo no menos que en los otros, los seculares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal. Si el papel de la jerarquía es el de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este terreno, a los seculares les corresponde con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven (68). Los cambios son necesarios, las reformas profundas, indispensables: deben emplearse resueltamente en infundirles el espíritu evangélico. A nuestros hijos católicos de los países más favorecidos Nos pedimos que aporten

su competencia y su activa participación en las organizaciones oficiales o privadas, civiles o religiosas, dedicadas a superar las dificultades de los países en vía de desarrollo. Estamos seguros de que ellos pondrán todo su empeño para hallarse en primera fila entre aquellos que trabajan por llevar a la realidad de los hechos una moral internacional de justicia y de equidad.

Cristianos y creyentes

Todos los cristianos, nuestros hermanos, Nos estamos seguro de ello, querrán ampliar su esfuerzo común y concertado a fin de ayudar al mundo a triunfar del egoísmo, del orgullo y de las rivalidades, a superar las ambiciones y las injusticias, a abrir a todos los caminos de una vida más humana en la que cada uno sea amado y ayudado como el prójimo de su hermano. Todavía emocionado por nuestro inviolable encuentro de Bombay con nuestros hermanos no-cristianos, de nuevo Nos les invitamos a laborar con todo su corazón y con toda su inteligencia, para que todos los hijos de los hombres puedan llevar una vida digna de hijos de Dios.

Hombres de buena voluntad

Finalmente, Nos nos dirigimos a todos los hombres de buena voluntad conscientes de que el camino de la paz pasa por el desarrollo. Delegados en las instituciones internacionales, hombres de Estado, publicistas, educadores, todos, cada uno en vuestro sitio, vosotros sois los constructores de un mundo nuevo. Nos suplicamos al Dios todopoderoso que ilumine vuestras inteligencias y os dé nuevas fuerzas y aliento para poner en estado de alerta a la opinión pública y comunicar entusiasmo a los pueblos. Educadores, a vosotros os pertenece despertar ya desde la infancia el amor a los pueblos que se encuentran en la miseria. Publicistas, a vosotros corresponde poner ante nuestros ojos el esfuerzo realizado para promover la mutua ayuda entre los pueblos, así como también el espectáculo de las miserias que los hombres tienen tendencia a olvidar para tranquilizar sus conciencias: que los ricos sepan al menos que los pobres están a su puerta y aguardan las migajas de sus banquetes.

Hombres de Estado

Hombres de Estado, a vosotros os incumbe movilizar vuestras comunidades en una solidaridad mundial más eficaz, y ante todo hacerles aceptar las necesarias disminuciones de su lujo y de sus dispendios para promover el desarrollo y salvar la paz. Delegados de las organizaciones internacionales, de vosotros depende que el peli-

grosso y estéril enfrentamiento de fuerzas deje paso a la colaboración amigable, pacífica y desinteresada, a fin de lograr un progreso solidario de la humanidad, en el que todos los hombres puedan desarrollarse.

Hombres de pensamiento

Y si es verdad que el mundo se encuentra en un lamentable vacío de ideas, Nos hacemos un llamamiento a los pensadores y a los sabios, católicos, cristianos, adoradores de Dios, ávidos de absoluto, de justicia y de verdad: todos los hombres de buena voluntad. A ejemplo de Cristo, Nos nos atrevemos a rogaros con insistencia: "Buscad y encontraréis" (69). Empezar los caminos que conducen a través de la colaboración, de la profundización del saber, de la amplitud del corazón, a una vida más fraternal en una comunidad humana verdaderamente universal.

Todos a la obra

Vosotros, todos los que habéis oído la llamada de los pueblos que sufren; vosotros, los que trabajáis para darles una respuesta; vosotros sois los apóstoles del desarrollo auténtico y verdadero, que no consiste en la riqueza egoísta y deseada por sí misma, sino en la economía al servicio del hombre, el pan de cada día distribuido a todos, como fuente de fraternidad y signo de la Providencia.

De todo corazón Nos os bendecimos y Nos hacemos un llamamiento a todos los hombres para que se unan fraternalmente a vosotros, porque si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, ¿quién no querrá trabajar con todas sus fuerzas para lograrlo? Sí, Nos os invitamos a todos para que respondáis a nuestro grito de angustia, en el nombre del Señor.

El Vaticano, en la fiesta de Pascua, 26 de marzo de 1967.

† PAPA PABLO VI

1. Cf. Leonis XIII, t. XI (1892), pp. 97-148.
2. Cf. aas 23 (1931), pp. 177-228.
3. Cf. aas 53 (1961), pp. 401-464.
4. Cf. aas 55 (1963), pp. 257-304.
5. Cf. en particular radiomensaje del 1 de junio de 1941, en el 50 aniversario de la "Rerum Novarum", en aas 33 (1941), pp. 195-205; radiomensaje de Navidad 1942, en aas 35 (1943), pp. 9-24; elocución a un grupo de trabajadores en el aniversario de la "Rerum Novarum" el 14 de mayo 1953, aas 45 (1953), pp. 402-408.
6. Cf. encíclica "Mater et Magistra", 15 mayo 1961, aas 53 (1961), p. 440.
7. Gaudium et spes, n. 63-72, aas 58 (1966), pp. 1084-1094.
8. Motu proprio Catholicam Christi Ecclesiam 6 enero 1967, aas 59 (1967), p. 27.
9. Encíclica Rerum Novarum, 15 mayo 1891, acta Leonis XIII, t. XI (1892), p. 98.
10. Gaudium et spes, n. 63, s. 3.
11. Cf. luc, 7, 22.
12. Gaudium et spes, n. 3, s. 2.
13. Cf. encíclica Inmortale Dei, 1 noviembre 1885, acta Leonis XIII, t. V (1885), p. 127.
14. Gaudium et spes, n. 4, s. 1.
15. L-j-lebret, o. p. dynamique concrete du developpement, Paris, eco.
16. Tesalonicenses, 2, 3, 10.
17. Cf., por ejemplo, J. MARITAIN: "Les conditions spirituelles du progrès et de la paix, en rencontre des cultures a l'Unesco sous le signe du Concile oecumenique Vatican II", Paris, Mame 1966, p. 66.
18. Cf. Mateo, 5, 3.
19. Génesis, 1, 28.
20. Gaudium et spes, n. 69, s. 1.
21. 1 Juan, 3, 17.
22. De Nabuthe, c. 12, n. 53, p. 1, 14, 747. Cf. J. R. PALANQUE: "Sanit Ambroise et l'Empire Romain", Paris, Boccard, 193, pp. 336 sq.
23. Carta a la Semana Social de Brest, en "L'homme et la revolution urbaine", Lyon, crónica social, 1965, p. 8 et 9.
24. Gaudium et spes, n. 71, s. 6.
25. Cf. ibid., n. 65, s. 3.
26. Encíclica Quadragesimo anno, 15 mayo 1931, aas 23 (1931), p. 212.
27. Cf., por ejemplo, COLIN CLARK: "The conditions of economic progress", tercera ed. Londres, Mac Millan and Co., Nueva York, St. Martin's Press, 1960, p. 3-6.
28. Carta a la Semana Social de Lyon, en "Le travail et les travailleurs dans la societe contemporaine", Lyon, crónica social, 1965, p. 6.
29. Cf., por ejemplo, M. D. CHENU, o. p.: "Pour une Theologie du Travail", Paris Editions du Seuil, 1955.
30. "Mater et Magistra", aas 53 (1961), p. 423.
31. Cf., por ejemplo, O. VON NELL-BREUNING, S. J.: "Wirtschaft und Gesellschaft", t. 1, Grundfragen, Freiburg, Harder, 1956, pp. 183-184.
32. Efesios, 4, 13.

33. Cf., por ejemplo, Mons. LARRAIN ERRAZURIZ, obispo de Talca (Chile) presidente del Celam, carta pastoral sobre el desarrollo y la paz. Paris, Pax Christi, 1965.
34. Gaudium et spes, n. 26, s. 4.
35. "Mater et Magistra", aas 53 (1961), 414.
36. L'Osservatore Romano, 11 septiembre 1965.
37. Cf. Mateo, 19, 6.
38. Gaudium et spes, n. 52, s. 2.
39. Cf. ibid., n. 50, s. 2 y 87, ss. 2-3.
40. Ibid., n. 15, s. 3.
41. Mateo, 16, 26.
42. Gaudium et spes, n. 57, s. 4.
43. Ibid., n. 19, s. 2.
44. Cf., por ejemplo, J. MARITAIN: "L'Humanisme integral", Paris, Aubier, 1936.
45. H. DE LUBAC, S. J.: "Le drame de l'Humanisme ethee", 3.^a ed. Paris, spes, 1945, pp. 10.
46. Pensees, ed. Brunchvng, n. 434, cf. M. ZUNDEL: "L'Homme passe l'Homme", Le Caire, Editions du Lien, 1944.—Ka.
47. Alocución a los representantes de las religiones no-cristianas el 3 de diciembre de 1964, aas 57 (1965), p. 132.
48. Santiago, 2, 15-16.
49. Cf. "Mater et Magistra", aas 53 (1961), pp. 440 sp.
50. Cf. aas 56 (1964), pp. 57-58.
51. Cf. Encíclicas y discursos de Pablo VI, vol. IX, Roma, 1966, Ed. Paulinas, pp. 132-136.
52. Cf. luc, 16, 19-31.
53. Gaudium et spes, n. 85 s. 3.
54. Luc, 12, 20.
55. Mensaje al mundo entregado a los periodistas el 4 de diciembre de 1964, cf. aas, 57 (1965), p. 135.
56. Cf. aas 56 (1964), pp. 649 sq.
57. Cf. acta Leonis XIII t. XI (1892), p. 131.
58. Cf. ibid., p. 98.
59. Gaudium et spes, n. 85, s. 2.
60. Cf. encíclica "Fidei Donum", 21 abril 1957, aas 49 (1957), p. 246.
61. Mateo, 25, 35-36.
62. Marcos, 8, 2.
63. Alocución de Juan XXIII en trega del premio Balzán el 10 de mayo de 1963, aas 55 (1963), p. 455.
64. Aas 57 (1965), p. 896.
65. Cf. encíclica "Pacem in Terris", 11 de abril de 1963, aas 55 (1963), p. 301.
66. Aas 47 (1955), p. 880.
67. Cf. efesios, 4, 12; Lumen Gentium, n. 13.
68. Cf. Apostolicam actuositatem, n. 7, 13, 24.
69. Luc, 11, 9.



DIOS TE SALVE MARIA,
LLENA ERES DE GRACIA
EL SEÑOR ES CONTIGO
Y BENDITA TU ERES
ENTRE TODAS
LAS MUJERES.

La salutación angélica es tan sublime, tan elevada, que el Beato Alano de la Roche ha creído que ninguna criatura puede comprenderla y que sólo Jesucristo, hijo de la Santísima Virgen puede explicarla. Tiene origen su principal excelencia de la Santísima Virgen, a quien se dirigió, de su fin, que fue la encarnación del Verbo, para la cual se trajo del cielo, y del arcángel San Gabriel, que la pronunció el primero.

La salutación resume en la síntesis más concisa toda la teología cristiana sobre la Santísima Virgen. Se encuentra en ella una alabanza y una invocación. Encierra la alabanza cuanto forma la verdadera grandeza de María la invocación comprende todo lo que debemos pedirle y de su bondad podemos alcanzar. La Santísima Trinidad ha revelado la primera parte; Santa Isabel, iluminada por el Espíritu Santo añadió la segunda, y la Iglesia en el primer Concilio de Efeso, en 430, ha puesto la conclusión, después de condenar el error de Nestorio y definir que la Santísima Virgen es verdaderamente Madre de Dios. El Concilio ordenó que se invocase a la Santísima Virgen bajo esta gloriosa cualidad, expresada por estas palabras: SANTA MARIA MADRE DE DIOS, RUEGA POR NOSOTROS, PECADORES, AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE.

La Santísima Virgen María fue aquella a quien se hizo esta divina salutación para concluir el asunto más grande e importante del mundo: la Encarnación del Verbo Eterno, la paz entre Dios y los hombres y la redención del género humano. Embajador de tan dichosa nueva fue el arcángel San Gabriel, uno de los primeros príncipes de la gloria celestial. La salutación angélica contiene la fe y la esperanza de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles; es la constancia y la fuerza de los mártires, la ciencia de los doctores, la perseverancia de los confesores y la vida de los religiosos (B. Alano). Es el cántico nuevo de la ley de gracia, la alegría de los ángeles y de los hombres, el terror y la confusión de los demonios.

Por la salutación angélica, Dios se hizo hombre, y la Virgen, Madre de Dios; las almas de los justos salieron del limbo, las ruinas del cielo se repararon y los tronos vacíos se ocuparon de nuevo, se perdonó el pecado, se nos dio la gracia, curáronse las enfermedades, resucitaron los muertos, se llamó a los desterrados, se aplacó la Santísima Trinidad y obtuvieron los hombres la vida eterna. En fin, la salutación angélica es el arco iris, el emblema de la clemencia y de la gracia que Dios ha hecho al mundo.

Obras de S. Luis María Grignon de Monfort. BAC, vol. III, Madrid, 1954, p. 334 y s.

EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

II

«... Y podréis formaros una idea de lo que se prepara...»

Aquellas líneas, en efecto, simbolizaban toda la Teología de la Historia.

Este, que es el legado del Padre Ramón O. Orlandis, S. J., que nos lo hizo conocer y gustar. Y que fue el primero en llamarlo así: "Teología de la Historia"... y que resume, "sub speciae aeternitatis" los tremendos y providenciales avatares de esta gran Caravana humana.

Y una Biblioteca, la misma que aún, con sus paredes, alberga nuestras actuales modestas reuniones y conferencias, reunida por los afanes del Padre, y con una documentación que aun hoy sería difícil hallar en parte alguna tan completa, plasma las grandes épocas de los Tiempos. Tiempos que, en definitiva, Dios encamina a que sirvan de peana al Hijo de sus complacencias, Aquel por Quien y para Quien fue todo creado (y por esto el Cosmos y sus Galaxias, vemos hoy ,son casi infinitos, con pasmo de la ciencia humana que aún no parece haber comprendido tal natural lección). Aquel que, siendo Hijo suyo, para nosotros es el Hombre y el Capitán por excelencia, la máxima Figura de la Historia y soberano de la misma, Jesucristo, Nuestro Señor.

Y esta Biblioteca, se agrupa natural y espontáneamente, según las mismas épocas de la Historia, que no es más, se quiera o no, que el homenaje a Cristo, que le tributan y le tributarán Cielos y tierra y el infierno mismo:

La Antigüedad, que le anuncia y le prepara.

El Imperio Romano, bajo el que nace, padece y redime al mundo. Y que luego abre caminos a sus apóstoles.

El caos bárbaro, donde, por vez primera, según el gran pensador antes citado, Dios desmenuza la Sociedad para conglomerarla de nuevo.

La Edad Media, ingenua, que, a su manera, le honra.

El Renacimiento y la Reforma que, por vez primera, osan discutirle. Es el orgullo humano, que recrece, pero esta vez más culpable.

El Filosofismo y la Revolución, que le niegan.

La restauración y el siglo XIX que se permiten hacerle la que, según el pensador, es la peor ofensa para Cristo: juzgarle para tolerarle y quizá para absolverle.

Y el siglo XX, en fin. "Éste será el siglo máximo de

la Historia", exclamaba nuestro Padre. "Siglo en que el hombre se vuelve social, quizá para devenir cósmico.

«... Pero Él ve, además, los signos de la creación de un mundo nuevo...»

Siglo XX. Vamos a modificar, de una vez para siempre, sus fechas. Para nosotros, el siglo XIX finió, netamente, en 1914. ¿Será mucho afirmar que este descomunal siglo XX que hoy vivimos, arranca, por tanto, del año crucial de 1917?

A estudiar esta "explosión", la de 1917, encaminaremos, con la ayuda de Dios, nuestro esfuerzo en los presentes artículos.

El empeño es difícil. Y por ello elevamos los ojos al cielo, y le pedimos, a quien fue nuestro Padre y Curador (así se titulaba él, de esta Revista en artículo fundamental), la necesaria inspiración. En algún aspecto, tendrá que procurárnosla, osaríamos decir, como gracia póstuma. El tiempo pasa inexorable, las cosas, las ideas se precipitan a ritmo insospechado, y no pocas cuestiones actuales hemos de examinarlas faltándonos ya la luz de nuestro maestro. Ya, para los problemas de ahora, frecuentemente nos faltan datos de nuestro Padre.

¡Ah, si el Padre hubiese tenido los datos que ahora hubiese podido recoger del Vaticano II, y de las enseñanzas (que en algún caso dan casi el vértigo en esta formidable renovación de la Ciudad Santa que todos presenciábamos) de los dos últimos Papas Juan XXIII y Paulo VI! Si lo tuviésemos aún entre nosotros, seguramente, cuántas nuevas lecciones, cuántos conceptos formidables y esperanzadores no recogeríamos!

Sí. Porque nos resistimos a compartir, en exceso, los terrores — desde luego ciertamente sinceros y bienintencionados — de quienes se espantan en demasía ante la profundidad de muchos cambios. No olvidemos que hay una Providencia. Y que el Papa vela. Y que no deja su función de freno. Demos gracias a Dios que le da mano fuerte, pero tampoco lamentemos demasiado la excesiva fogosidad de los caballos que han de tascar aquél: al fin y al cabo, es ley de vida. Sólo la muerte es estática. La vida, en cambio, está en acto permanente.

«... Ve el gran filósofo las prendas de la opima cosecha que se prepara...»

Muchos cambios.

No sustanciales, pero sí profundos. No hay inconveniente en reconocerlo. Mas también cambia la humanidad, que ahora ya tiene problemas en la Luna.

Sustancialmente, nada ha cambiado ni nada cambiará en la Inglesia. Dios nos lo garantiza.

Accidentalmente, en cambio, sí. Y accidental no significa no pueda ser profundo.

¡La filosofía clásica misma nos lo dice y nos lo aclara! ¿No nos enseña ella — Santo Tomás en cabeza — que la Cantidad es accidente?

¿La Cantidad accidente? ¡Esta diosa de hoy, la cantidad, es decir, la matemática, la ciencia toda actual, la economía, un accidente! Pues sí. Lo es. Lo son.

Pues sí la Cantidad, la reina de la humanidad de hoy, es accidente: ¿nos hemos de extrañar de la profundidad tremenda de tantos cambios, y escandalizarnos de ellos? Sólo en lo absolutamente esencial debemos requerir y proclamar la inalterabilidad de la doctrina, que Dios, por su parte, velará para preservarla.

El sano integrismo del Padre Orlandis — contra lo que pueda creerse — no le impidió nunca sus mejores aberturas hacia todo cuanto era posible. Recordemos, en sus mejores tiempos, su aceptación del gran principio teológico-histórico-social de Maritain, cuyo talento reconocía — sin ser naturalmente devoto suyo —. Maritain proclamaba el principio y fundamento analógico de la Historia, en contraposición a las dos situaciones, igualmente fatales: la Unívoca, estática y por tanto estéril, apegada por principio y sin elasticidad a una tradición rígida, y la Equívoca, madre de todas las aberraciones y errores. Y la Analogía, esta bendita y humana, cuanto real solución, es la que, en definitiva, vemos brillar en las decisiones, a veces sorprendentes, de un Juan XXIII, de un Paulo VI, de un Concilio.

Preparémonos, aún más, a cambios profundísimos. No es el mismo el hombre — salvo en lo esencial — que subía la cuesta de Montecassino o de Montserrat en romería, al hombre que tomará el cohete para Marte. Esto,

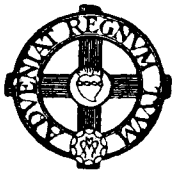
ni siquiera en 1917 era previsible. ¡Tan escasa es la fantasía humana, a la que los hechos avanzan siempre! (Ni Julio Verne mismo pudo prever las condiciones, ya de hoy, con la televisión y la obturación de las calles por la plaga social del automóvil, que aísla el interior de las ciudades.) Y la Iglesia, incluso con dolor, debe adaptarse — sobre todo en lo pastoral — a las exigencias que impone el bien de las almas, a veces en un mundo extravagante.

Ya el gran Pontífice Pío XII, con su hierática figura, imponente, tan distinta de la de sus dos sucesores, exclamó esta santa "boutade", que, a decir verdad, parecería más propia de Juan XXIII: "Para salvar un alma, pactaría con el propio diablo". ¡Magnífica frase, magníficamente chabacana en lo académico, por cuanto es la expresión de un Corazón de Padre, que no hace sino repetir aquella otra corazonada del Apóstol, que quería "ser anatema" para salvar a los suyos! Por tanto, aprestémonos a ver cosas extrañas, y cosas grandes. ¿Qué nos depara aún este tercio último, que ahora hemos comenzado, de este imponente siglo xx.

No lo sabemos, y sería perfecta pedantería el erigirnos en profetas. Baste aquí que enunciemos la labor que nos vamos a imponer, modesta y trabajosamente, en los artículos que, Dios mediante, van a seguir:

Estudiar lo que era Europa y sus grandes Potencias, y lo que era el Mundo, antes de 1917. Lo que trajo este año, es decir, lo que fue el tremendo fruto de la I Gran Guerra, hecho a nuestro entender el más trascendental (mil veces más que la II) de toda la Era Cristiana, bien que más efecto que causa, como es natural, de todo cuanto la antecediera. Pueblo por pueblo, Potencia por Potencia. Para luego extendernos, más brevemente, en la historia posterior, hasta nuestros días, pasando por la II Conflagración y la subsiguiente era atómica primero, y era cósmica — así nos atrevemos ya a llamar la actual — después. Del propio y modesto estudio, brotarán consecuencias y reflexiones. No profecías, naturalmente. Librenos Dios de ello, y el propio buen sentido de nuestra cordedad: que hartos ardua es la labor que nos hemos impuesto para nuestras escasas fuerzas.

LUIS CREUS VIDAL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Abril 1967

GENERAL:

Para que la Comunidad Cristiana se haga más consciente de su deber de fomentar las vocaciones.

MISIONAL:

Que se multipliquen en las Misiones las Escuelas Diocesanas y Regionales con destino a la formación de Catequistas.

LA DOCTRINA DE LA CRUZ SEGUN EL EVANGELIO

II

El Concilio Vaticano II, en su admirable Constitución "sobre la Iglesia en el mundo actual", nos habla así, a propósito de la Cruz de Cristo:

"Paulo, Obispo, siervo de los siervos de Dios, juntamente con los Padres del Concilio, para perpetuo recuerdo...

"A través de toda la historia humana, existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final. — Insertado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para adherirse al bien; y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo.

"Por eso, la Iglesia de Cristo, confiando en el designio del Creador, a la vez que reconoce que el progreso puede servir a la verdadera felicidad humana, no puede dejar de oír la voz del Apóstol, cuando dice: 'No queráis vivir conforme a este mundo' (Rom., 12, 2); es decir, conforme a aquel espíritu de vanidad y de malicia, que transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres.

"Pues si alguien desea saber de qué manera se puede superar tan deplorable calamidad, la norma cristiana es que por la Cruz y Resurrección de Cristo se deben purificar y encauzar hacia la perfección todas las actividades humanas, las cuales, a causa de la soberbia y del egoísmo, corren peligro cada día.

"El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo Carne, y habitando en la tierra, entró como oblación acepta a Dios."

La misma Constitución, en su segunda parte, cierra el capítulo I, "Dignidad del matrimonio y de la familia", con estas palabras de suma elevación y oportunidad: "Los propios cónyuges, finalmente, hechos a imagen de Dios vivo, y constituidos en el verdadero orden de personas, han de vivir unidos, con igual afecto, idéntico modo de pensar y mutua santidad, para que habiendo seguido a Cristo, principio de vida, en los gozos y sacrificios de su vocación, por medio de su fiel amor, sean testigos de aquel misterio de amor que el Señor, con su Muerte y Resurrección, reveló al mundo".

Nada como estas palabras de la Iglesia en el Concilio, tan graves, tan luminosas y tan acomodadas a las necesidades de nuestra época, podría disponernos mejor para recordar, penetrar y poner por obra la doctrina de la Cruz según el Evangelio.

Ya, en un artículo anterior, expusimos cuándo, con qué ocasiones, y en qué circunstancias, nos propuso el Divino Maestro esta su doctrina, tan capital en sus enseñanzas. Pasemos ahora a resumirla.

La doctrina de la Cruz, predicada por Cristo en su Evangelio, comprende dos partes: a) Cristo nos enseña el significado de la palabra "Cruz"; y de la expresión "tomar la Cruz, cargar con la Cruz, seguir a Jesús con la Cruz, o llevar la Cruz de Él"; y b) en segundo lugar, nos presenta los motivos, en verdad grandes y eficaces, que deben inducirnos a abrazarnos con la Cruz, la de Él.

Ahora, la primera parte.

A) Por nombre de "Cruz", nos enseña Cristo que hemos de entender cualquier contradicción o dificultad, todo lo que se nos atraviesa, o nos contraría, o nos cuesta, o nos supone fatiga, consancio, molestia; o nos da dolor, pena, sufrimiento o aflicción. Y todo esto, tanto en lo exterior como en lo interior; así en el cuerpo y sus sentidos y miembros, como en el alma y sus potencias y actividades; ya en lo que es físico u orgánico, ya en lo que es espiritual y moral.

Una comparación sencilla y gráfica nos ayudará a entenderlo mejor. Si ponemos dos listones o maderos yuxtapuestos, paralelamente uno junto al otro, no forman cruz; tan sólo la forman cuando uno se atraviesa al otro, cuando hay travesaño. Lo mismo en nuestro caso, en nuestra vida. Si las personas con quienes convivimos, o las cosas que nos suceden, dentro o fuera de nosotros, se conforman con nuestro modo de pensar y de sentir, con nuestros pareceres y nuestros querer; o si lo que nos afecta o nos ocurre es según nuestro gusto, inclinación, satisfacción o complacencia, ya del alma, ya del cuerpo; es evidente que en todos esos casos no hay cruz. La hay desde el momento en que algo se nos atraviesa o nos contraría; cuando las personas, las cosas, los sucesos nos contradicen, nos causan dificultad, nos traen pena o dolor, de cualquier género que sea. Esto es claro. Hasta en el lenguaje vulgar lo decimos: ¡qué cruz tan molesta, tan penosa, tan dolorosa!

B) Y ¿qué significan en las enseñanzas de Jesús, las expresiones: "tomar nosotros la Cruz, cargar con la Cruz, seguir a Jesús con la Cruz, o llevar la Cruz de Él?"

Como el nombre o palabra "Cruz", significa y comprende, según acabamos de insinuar, tantas y tan distintas cosas, pero todas adversas o contrarias a nuestro parecer o voluntad, a nuestro propio amor, a nuestro

sentir, a nuestros gustos e inclinaciones; así para que entendamos lo que hemos de ver significado por aquellas expresiones, “tomar la Cruz, etc.”, nos enseña Cristo, a lo largo de su Evangelio, varios excelentes actos de virtud, varios ejercicios virtuosos; y nos los recomienda y nos exhorta a ellos. Son los siguientes: abnegación, mortificación, renuncia, paciencia o resignación, sacrificio. Indiquemos brevemente el sentido, conforme al Evangelio, de cada una de estas palabras; de cada uno de estos actos de virtud cristiana, por los cuales hemos de realizar lo que Jesús nos enseña y nos recomienda, de tomar y llevar la Cruz.

a) *Abnegación*. — Abnegar es decir que no a alguien o a alguna cosa; es resistir, rechazar, desechar una acometida de enemigos o adversarios de nuestra alma y de nuestra salvación; ya se trate del demonio y de sus sugerencias o engaños; ya del mundo y de sus atractivos, que encierran siempre o maldad o vanidad; ya de nuestras propias inclinaciones desordenadas. Y en este caso último, es ya abnegarnos a nosotros mismos. Pero también en los dos anteriores casos, respecto del demonio y del mundo, se niega uno a sí mismo cuando dice que no, o sea, resiste y rechaza a cuanto de parte de uno y otro pretende influir indebidamente en nuestra alma y en nuestra vida; todo lo que se opone al cumplimiento de la ley de Dios; todo lo que es necesario rechazar para dar testimonio de nuestra fe, y para el seguimiento de Cristo. Abnegarnos es, pues, resistir y desechar voluntariamente a nuestros propios querer y modos de pensar, a nuestros afectos, deseos e intereses, pasiones e inclinaciones, en servicio de Dios o para bien del prójimo.

b) *Mortificación*. — Mortificar es hacer muerte, dar muerte, hacer la obra de la muerte. Es decir, así como la muerte corporal deja al cuerpo sin vida, sin movimiento, sin actividad ninguna; de semejante manera, mortificamos el pecado cuando le damos muerte; es decir, cuando hacemos que el pecado no tenga movimiento o actividad respecto de nosotros, como si estuviese muerto para nosotros. Asimismo mortificamos nuestra imaginación, nuestras pasiones desordenadas, nuestros apetitos y concupiscencias, nuestros sentidos corporales; y también los querer de nuestra voluntad y los juicios y sentir de nuestro entendimiento, cuando en todo esto dejamos sin vida, sin actividad, sin movimiento, a cuantas cosas en todos nuestros sentidos y potencias, o en sus actos, se oponga a la ley de Dios, a la ley del Evangelio, a las normas de la pureza de vida y santidad cristiana; y singularmente cuando dejamos sin vida a todo lo que contraría y se opone al cumplimiento del gran mandamiento del amor a Dios o al prójimo; a cuanto impide, entibia o amortigua nuestro amor de caridad.

c) *Renuncia*. — Renunciar es abdicar; hacer dejación voluntaria, o dimisión, o apartamiento de una cosa que se posee, o de un derecho o acción que se puede tener. Y renunciarse uno a sí mismo es privarse, desprenderse, despojarse de algo, especialmente de la propia voluntad,

en servicio de Dios o para bien de nuestros hermanos. Y esto, ya sea de lo que es malo o peligroso para nuestra alma y nuestra salvación, lo cual es un primer grado o clase de renuncia, y que es obligatoria; ya sea renunciar a bienes; es decir, bienes lícitos, bienes legítimos; pero bienes de orden inferior; bienes cuya posesión, y sobre todo cuyo amor nos suele ser impedimento para el amor y la posesión de otros bienes de orden superior; bienes espirituales, bienes sobrenaturales, bienes divinos, y el mismo Sumo Bien, que es Dios. Este segundo grado de renuncia es de consejo; es la renuncia evangélica.

d) *Paciencia o resignación*. — La paciencia es una virtud cristiana que consiste en sufrir, sin perturbación del ánimo, con ánimo sosegado, los infortunios y trabajos; es decir, una tribulación, un dolor, una contrariedad o adversidad. Y resignación es la virtud cristiana que consiste en la entrega voluntaria que uno hace de sí mismo, poniéndose en manos de Dios y de las personas que le representan, o de las cosas que manifiestan su voluntad, singularmente en lo que es dificultoso o penoso. Y, en general, tener paciencia o resignarse es soportar o aguantar, aceptar o sobrellevar voluntariamente todo aquello que, venga de donde viniere, nos cuesta, nos duele, nos aflige o contraría. Por eso decimos “la cruz de la paciencia”: tener paciencia en las adversidades de todo género, y con ánimo tranquilo; tener paciencia de nosotros mismos; tener paciencia para nuestros prójimos, que es la más cristiana, la más frecuente, la más difícil obra de misericordia espiritual: “sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos”.

e) *Sacrificio*. — Esta palabra, como su misma etimología lo indica, es ya de orden sagrado, tiene carácter eminentemente religioso. Tratando ahora del sacrificio, al explicar las enseñanzas de Cristo sobre la Cruz, nos referimos al sacrificio que hacemos de nosotros mismos, ya sea cuando participamos del Sacrificio Eucarístico, ya en nuestra vida privada e individual, o social, ejerciendo un verdadero sacerdocio, que es el que todos los cristianos tenemos por el santo Bautismo; el sacrificio que o en el templo, o en nuestra casa, o donde quiera, ofrecemos y realizamos de nosotros mismos y de nuestras cosas, en obsequio de Dios: para adorarle, darle gracias, expiar nuestras culpas, impetrar los dones divinos. Y como en todo sacrificio hay el ofrecimiento y la inmolación, oblación e inmolación de una víctima, somos nosotros los que ofrecemos a Dios, unidos siempre a Cristo, como miembros que en todo lugar y tiempo somos de su Cuerpo Místico, e inmolamos para su servicio y gloria, lo que en nosotros mismos debe ser, o puede ser voluntariamente víctima de nuestro sacrificio: nuestros juicios y querer, nuestros gustos e intereses, lo que podemos lícitamente poseer en los bienes materiales o de nuestro propio cuerpo y sobre todo, en la libre disposición de nosotros mismos.

Y el supremo sacrificio nuestro, al que en el Evangelio se refiere Jesús expresamente, es el sacrificio volun-

tario de nuestra vida, ya sea que otro u otros nos la quiten violentamente, dándonos la muerte corporal; ya sea que nosotros ofrezcamos voluntaria y amorosamente el sacrificio de nuestra vida en nuestra muerte, cuando el Señor disponga de nosotros.

Todo esto es lo que encierra el significado de las expresiones que usa Cristo para darnos su doctrina sobre la Cruz: tomar la Cruz, llevar la Cruz. Y todas las sobredichas cosas son las que como actos de virtud cristiana hemos de hacer, en una u otra forma, según los distintos casos y diversas circunstancias, si queremos aceptar y poner por obra la doctrina de Cristo sobre la Cruz.

Pero una de las expresiones de que se vale Jesús encierra lo más profundo, lo más grande, lo más santo en su doctrina sobre la Cruz. Nos dice Él que hemos de llevar su Cruz, que le hemos de seguir con su Cruz. Es decir, que si bien las dificultades que hemos de superar, las tentaciones que hemos de vencer, y las tribulaciones o adversidades que hemos de sobrellevar, son sufrimientos nuestros, penas nuestras; sin embargo, ya que por ser cristianos en la verdadera y única Iglesia de Cristo,

formamos un solo Cuerpo con Él, su Cuerpo Místico, hemos de considerar todas nuestras penas, y las hemos de sufrir no precisamente como nuestras, sino como participación de la Cruz de Cristo. De este modo, lo que, por ser nuestro, sería de muy escaso valor, pero unido a lo de Cristo, tomado todo como participación de su Cruz, se eleva y se sublima; adquiere un valor de correspondencia; pues al participar de la Cruz de Cristo, con nuestras penas, si las sufrimos en unión de Él y de las suyas, cooperamos a la obra de Redención de Cristo por la Cruz; cooperamos a nuestra propia redención y a la de nuestros hermanos. Así fue la vida de la Santísima Virgen María, la cual participó más y mejor que nadie de la Cruz de su Divino Hijo, unidísima a Él en unos mismos intentos y en un mismo amor; y por lo mismo cooperó de manera tan preeminente, más y mejor que nadie, a la obra de Redención por la Cruz. De ahí que merezca el título de Co-redentora.

Y hasta aquí, la primera parte de la doctrina de la Cruz según el Evangelio.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

APOLOGO

Dicen que hubo una vez una gran montaña o peñón dominante sobre el mar y sobre la tierra contigua. Lo componía una ingente masa de rocas durísimas y era inexpugnable a los hombres y a los elementos.

En el transcurso de muchos siglos nada logró conmovérlo. Tempestades, trombas, terremotos, borrascas horribles. A veces parecía que el mar, el rayo o los temblores de tierra iban a destruirla o a tragársela. Pero ella resurgía de todas las catástrofes gallarda, enhiesta e imperturbable. Ni violentos ciclones ni energías volcánicas, ni fuerzas cósmicas podían con ella.

Y no es que la roca fuese una perpetua imagen invariable de sí misma. Por el contrario, al correr del

tiempo cambió muchas veces de aspecto su superficie. En remotas épocas estuvo cubierta de malezas y bosques y sirvió de refugio a las aves marinas. Más tarde se erigió sobre ella una atalaya para la vigilancia de extensos territorios. Andando el tiempo la ocuparon las instalaciones de un faro que extendía su luz brillante hasta remotos confines. Más tarde se edificaron allí palacetes, jardines, un sanatorio. La roca iba amoldándose a las diversas edades, pero permaneciendo siempre roca, siempre dura, siempre impertérrita, igual a sí misma en su unidad y en su variedad.

Hasta que un día vinieron unos hombres audaces que proyectaron algo insólito. El agreste peñón sería

dinamitado y arrasado su emplazamiento para que en su lugar quedase una anchurosa playa con destino al turismo, cubierta de casinos y de centros de diversión. En su decir, los tiempos no necesitaban defensa, faro, salud ni belleza grandiosa. Los tiempos necesitaban diversión, buena vida y divisas.

Entonces se estableció una fuerte disputa entre los partidarios de conservar la gran roca en su grandeza, siquiera se modificase su superficie con instalaciones modernas, y los partidarios de borrar simplemente la roca del mapa y sustituirla por una playa de moda.

La discusión todavía dura. ¿Quién terminará imponiendo su criterio? Que opine quien deba opinar.

CARLOS A. CALLEJO

LA LABOR DEL PAPA PAULO VI EXPUESTA EN UN DISCURSO DEL CARDENAL TISSERANT

En diciembre de 1965 concluye el Concilio Vaticano II que ha durado 4 años. V. S. ha querido recordarlo con una solemne celebración en San Pedro el día de la Inmaculada.

Aún están presentes en la memoria los gestos conmovedores con los que se ha querido abatir el muro que se erigía entre la Iglesia de Oriente y de Occidente.

Las relaciones de V. S. con el Patriarca de Constantinopla se han estrechado. El régimen de la caridad ha sustituido al régimen de diferencias.

Otro paso ha sido dado cuando el Arzobispo de Canterbury vino en peregrinación a Roma, para acercarse, para conocerse, y V. S. lo sabe bien, tanto que no deja pasar ocasión que se aproveche para entrevistarse con los jefes de Estados y de Gobierno.

El acuerdo firmado recientemente con la república de Yugoslavia es un feliz resultado de la política de acercamiento que V. S. no ha cesado de preconizar desde que ha iniciado el tomar parte en el gobierno central de nuestra Iglesia.

Queremos también manifestar el acuerdo firmado con la República de Haití, acuerdo seguido de la consagración de cinco obispos celebrado por un enviado especial de V. S. el Excelentísimo y Reverendísimo Secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Extraordinarios. Roma es cada vez más claramente el centro al que deben adherirse cuantos quieran mantener en las propias naciones la fe de Cristo y la moral predicada por sus Apóstoles.

Durante este año la actividad de V. S. no ha cesado un solo momento.

Mientras las comisiones postconciliares obran en silencio V. S. está siempre en la brecha. La semanal audiencia es cada vez más frecuentada; desde la ventana de sus habitantes particulares todos los domingos; en las audiencias especiales a los más diversos grupos; en los mensajes radiofónicos en diversas lenguas, la palabra del Papa comunica la doctrina, dispensa elogios y alientos cumpliendo lo que es propio del oficio de Padre.

Algunos temas han sido tratados con mayor frecuencia; en primer lugar el de la paz. Guerra a la guerra. El eco del discurso de Nueva York no ha dejado de hacerse sentir. La guerra del Viet-nam la inquietud del Medio Oriente y de otros lugares de fricción están siempre presentes a la mente de V. S. que día por día sigue las vicisitudes políticas de todos los Estados, pequeños y grandes con el solo deseo de influir según las posibilidades a pacificar los espíritus y a procurar a todos la tranquilidad del alma y la paz a cuantos viven envueltos en las acciones bélicas.

Otros infelices son los hambrientos. Mucho ha habla-

do V. S. en su favor alentando a los Gobiernos de los países más afortunados a que hagan partícipes de su bienestar a aquellos que tienen poco. En la medida en que lo permiten sus recursos, no infinitos, V. S. ha procurado fondos y ha enviado misioneros para distribuir aquello que parecía de más inmediata necesidad y más eficaz socorro.

La India con su inmenso territorio y con una población exuberante, ha sufrido siempre carestía, provocada por la sequía o el capricho de los monzones. V. S. desde su rápido viaje a Bombay ha perfilado más su cuidado y particular atención al problema del hombre en el subcontinente indiano.

Italia que este año ha sido flagelada de modo extraordinario ha tomado a pecho la ayuda los damnificados solicitando socorros para los azotados por la desventura; ha procurado ayuda para salvar los manuscritos e impresos ya inmersos en el agua ofreciendo apresuradamente la ayuda de monjes que disponen de laboratorios adecuados para la restauración de manuscritos.

Pero el socorro prestado a todos los que sufren y son privados de bienes, no ha impedido a V. S. proveer al cumplimiento de su principal deber, el de vigilar sobre la vida espiritual de la Iglesia.

El Concilio ha dado ocasión de deducir numerosísimas conclusiones y muchos fieles están inquietos, porque no ven claramente las razones de tantos cambios en las actitudes a que estaban habituados.

El problema del ecumenismo y la reforma de la liturgia son los puntos más salientes.

Los encuentros con los no católicos en las funciones litúrgicas o paralitúrgicas, severamente prohibidas pocos años ha, son hoy autorizadas y aún recomendadas.

Esto puede hacer nacer dudas sobre el valor absoluto de la fe católica, apostólica, romana. Es nuestro deber manifestar a los bautizados la máxima caridad y sentir gran respeto por sus prácticas religiosas sin olvidar que su adhesión a nuestra Iglesia les proporcionaría nuevos y eficaces medios para su salvación eterna.

El lazarista Fernand Portal, campeón con el primer Lord Halifax del movimiento ecuménico, que culminó en las conversaciones de Malinas recordaba a sus colaboradores el valor infinito de un deseo de conversación, aunque debiera retardar el progreso del movimiento ecuménico. La demasiada porfía para favorecer las conversiones individuales, los católicos correrían el riesgo de escandalizar a sus interlocutores, incluyéndoles a pensar que por la parte católica tenían dudas sobre la certeza del camino emprendido.

El actual movimiento litúrgico alentado por los textos conciliares, y orientado hacia la oración comunitaria,

siempre presente en las funciones litúrgicas de la comunidad oriental y demasiado olvidada o negligida en los católicos del rito romano más habituados a la plegaria individual, se encuentran algo desorientados en los países donde se han repartido manuales de piedad litúrgica invitándoles a cambiar de modo.

Muchas son las iniciativas y no siempre felices. Esto requiere paciencia; las conferencias episcopales y las decisiones de la comisión litúrgica postconciliar sabrán

realizar la unidad que allí donde se ha manifestado demasiado la diversidad de direcciones.

Entre tanto, el elogio de la meditación y de la oración individual hecho recientemente por V. S. deberá animar a cuantos temían que las devociones personales pudieran ser olvidadas en las futuras directivas.

(De la felicitación del Cardenal Tisserant, Decano del Sacro Colegio, en las fiestas de Navidad y año nuevo L'Osservatore Romano, 24-XII-66.)

(De la felicitación del Cardenal Tisserant, Decano del Sacro Colegio, en las fiestas de Navidad y año nuevo L'Osservatore Romano, 24-XII-66.)

LIBERTAD RELIGIOSA

Exposición de la verdadera doctrina en dos apartados

- A) Qué es lo que no quiere decir LIBERTAD RELIGIOSA
B) Qué es lo que quiere decir LIBERTAD RELIGIOSA

A) Qué es lo que NO QUIERE DECIR

1. Libertad Religiosa no quiere decir que DIOS APRUEBE CUALQUIER RELIGIÓN (Dios es la VERDAD. La verdad es UNA. Por tanto, sólo una religión puede ser verdadera. Ésta es la que aprueba Dios).
2. Libertad Religiosa no quiere decir que la IGLESIA CATÓLICA TENGA AHORA POR BUENAS TODAS las religiones. (Siendo Ella la Maestra dada por Dios Ella no puede aprobar lo que Dios no aprueba).
3. Libertad Religiosa no quiere decir que los hombres puedan profesar LA RELIGIÓN QUE LES GUSTE MÁS. Al contrario DEBEN BUSCAR Y ABRAZAR LA VERDADERA y proceder en ella con toda sinceridad.
(La norma de nuestras creencias no debe ser el gusto sino la VERDAD. Y ÉSTA sospechada, debe buscarse; y hallada debe abrazarse cueste lo que cueste. Dios lo manda).
4. Libertad religiosa no quiere decir que los católicos podamos dudar de la verdad de nuestra sacrosanta Fe.
(Una simple mirada al conjunto de religiones atestigua esta afirmación: Luz. Orden. Jerarquía. Justos valores de Dios y del hombre. Vida. Esfuerzo. Santidad. Biblia en teoría y en la práctica, etc. Las apetencias desordenadas empujan hacia otras confesiones y viceversa).
5. Libertad religiosa no quiere decir que los católicos no debamos procurar con toda el alma atraer a todos los hombres a la profesión del Catolicismo.
(Id y enseñad a todas las gentes. Mat. 28, 19. "Es necesario se robustezca la forma organizada del apostolado". Con. Vat. II).
6. Libertad religiosa no quiere decir que Dios no repruebe ni castigue severamente a quienes, por consciente malicia o por huir de la luz, siembran la confusión o discordia en su rebaño.
"Coged la cizaña y atadla en haces para quemarla". Mat. 13, 24. Fræma, suscitare adversus eos qui dispergunt gregem meam., Lit.
7. Libertad religiosa no QUIERE DECIR que los católicos no debamos instruir a LOS NIÑOS Y A LOS JÓVENES, en nuestra Religión, aun OBLIGÁNDOLES MORALMENTE A ELLO. ("Oblígales a entrar para que se llene mi casa". Luc. 14, 23.) Las fuerzas del mal les acometen constante, alevosa y premiosamente y permitiremos su ruina. ?

8. Libertad religiosa no quiere decir que, sin graves motivos, se pueda asistir al culto de otras confesiones, o escuchar conferencias o leer sus libros. Hemos de preservar la fe de todo peligro).
9. Libertad religiosa no quiere decir que la Iglesia católica crea haberse equivocado en las verdades definidas. (Dios está con ella).
10. Libertad religiosa no quiere decir que hayamos de pensar que todos los no católicos procedan de buena fe. (Y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, Jn. 3, 19).
11. Libertad religiosa no quiere decir que haya permiso general para leer cualesquiera libros perjudiciales a la fe o la moral. Antes todos debemos impedir tales lecturas incluso a los mayores, siempre que exista certeza de su perversidad y de la incompetencia del lector).
12. Libertad religiosa no quiere decir que los dirigentes del Estado no deban tener consideración a la religión profesada por la mayoría de los ciudadanos. Siendo ellos los intérpretes y mandatarios del pueblo, deben regular sus actuaciones, primero conforme a los Derechos de Dios y luego conforme al deseo de la mayoría, siempre que éste no comporte la violación de derechos naturales ajenos.
(Esta norma valedera para los católicos y para ciertas confesiones no lo es para cuantos sostienen el libre examen como norma básica de su fe. En estos países deben ser tratados con idéntica pauta cuantos aceptan la Biblia como fuente divina de creencias. Ni tampoco es valedera para los Estados que blasonan de libertad sin restricciones).

B) Qué es lo que quiere decir LIBERTAD RELIGIOSA

1. Libertad Religiosa quiere decir que "en cualquier nación quien teme a Dios y cumple su justicia le es agradable" (Hechos, 10, 35) (1).
2. Libertad Religiosa quiere decir que no hemos de violentar a nadie para que piense o practique como nosotros. (La Religión se vive ante todo en el santuario de la conciencia. Forzarla es atropellar la dignidad humana en sus íntimas relaciones con Dios. La religión es un obsequio obligado moralmente, pero físicamente libre. Por tanto nadie debe ser forzado a realizar actos contrarios a los dictámenes de su conciencia).
3. Libertad Religiosa quiere decir que se debe permitir a todos los hombres profesar privadamente la Religión abrazada como verdadera (por la misma razón).

(1) Dios no condena jamás a quien profesa de buena fe su religión.

4. Libertad Religiosa quiere decir que podría profesarla también públicamente de no herir los derechos de otros. (Parece que los primeros derechos heridos con la profesión pública de una falsa religión, son los derechos de Dios a ser honrado como Él ha prescrito y los derechos de los católicos, especialmente sencillos, a no ser turbados en la fe que profesan; cosa inevitable de tenerse manifestaciones públicas de otras creencias).
5. Libertad Religiosa quiere decir que de hecho, tal como están las cosas parece conveniente permitir tal profesión pública, mientras no se violen el orden público y el bien común. (Sea para no exasperar a las confesiones que tienen mayoría en otros países, sea por condescender con la persuasión de estas minorías al derecho de manifestarse públicamente. Salvadas siempre las condiciones indicadas).
6. Libertad Religiosa quiere decir que nadie debe ser forzado ni física ni moralmente a la recepción de los Sacramentos; aunque todos deben ser exhortados a ello, con mayor o menor presión, según la edad y circunstancias del individuo; pero cuidando que en el momento álgido de la decisión, se vea éste completamente libre. Es el eco del mandato de Cristo a evangelizar).

Consideraciones complementarias:

1. Asimismo, salvada la verdadera libertad en la recepción de los sacramentos, se podrá apremiar eficazmente a la asistencia a la Santa Misa, a escuchar la Palabra de Dios, a practicar ejercicios, etc., según las circunstancias.

Como se constriñe a buscar la salud corporal, o la cultura,

con mayor razón debe hacerse para la salud del alma. Un adolescente dice el primer día de ejercicios: estoy disgustado porque me han obligado a venir. Dice el último día: estoy contentísimo y muy agradecido a quien me trajo. Así a miles.

2. Aplíquense estas normas en la elección de estado: ni presiones exageradas, ni desmesurada libertad. Idem. con los novios: ni excesivo control, ni tolerar el modo moderno de proceder ni en público ni en privado.
3. La LIBERTAD RELIGIOSA debe ser moderada o refrenada por las leyes legítimas, por los derechos ajenos y por la caridad.
4. La dignidad de la persona humana, factor básico en esta materia, es un tópico con doble fase: en sus elementos constitutivos de alma y cuerpo, el hombre debe ser siempre respetado; en su complejidad real, con los aditamentos introducidos por el individuo en cuestión, merecerá un trato u otro, en conformidad con los Derechos de Dios, superiores a otras consideraciones.

Todo criminal es un hombre; y debe ser respetada su dignidad humana; pero él mismo añadió a su ser elementos que reclaman un castigo, y quizá de muerte. Así en nuestro campo donde se ventilan valores infinitamente superiores, salvada la dignidad del hombre, podrán tomarse ciertas medidas contra quien profesa o enseña errores, con malicia o sin ella, como se toman contra quien difunde drogas nocivas o propala principios demoleedores o disparates científicos.

NOTA BIBLIOGRAFICA

"Una Misionera española en la Inglaterra del siglo XVII". Biografía de D.^a Luisa de Carvajal y Mendoza, por Camilo M.^a Abad, S.J., Universidad Pontificia, Comillas, 1966.

En 441 páginas de que consta el libro, ilustradas con 63 magníficos grabados, el P. Abad presenta la vida de D.^a Luisa de Carvajal y Mendoza, nacida en el pueblo de Jaraicejo (Cáceres), residente en León donde a los 6 años queda huérfana de padre y madre; "criada hasta los diez en palacio junto a las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela y austerísimamente educada en Pamplona por su tío el marqués de Almazán. Ya dueña de su hacienda, la entrega casi totalmente a los jesuitas ingleses y con ella fundan un noviciado, el primero de la Misión inglesa. Casi sin recursos, se va a Londres donde vive nueve años consagrada totalmente a procurar la perseverancia de los católicos y la conversión de los herejes. Dos veces la apresaron y a consecuencia de la segunda prisión murió en la

embajada española el 2 de enero de 1614, a los 48 años justos de edad".

El libro hace resaltar lo notable de su temprana vocación apostólica acerca de los católicos perseguidos entonces cruelmente en Inglaterra, presenta acertadamente el cuadro de la sociedad inglesa y las pruebas dolorosas a las que a causa de su celo se vio sometida; da datos detallados que ambientan al lector sobre los lugares donde discurrió su infancia, su juventud y su madurez, de la pobreza en que vivió estando en la corte y de cómo sus devociones entrañables a la Virgen Nuestra Señora y a la Eucaristía, fueron siempre el sostén de su virtud y austeridad. En una palabra el libro del P. Abad, además de su buena presentación despierta un interés que no decae ni un momento y su sabrosa y amena lectura no adolece de la monotonía que generalmente acompaña a los libros tan documentados como éste.

A. L. S

SUMARIO

Encíclica POPULORUM PROGRESSIO de Paulo VI.
Salutación angélica, de S. Luis M.^a Grignon de Monfort.
A medio siglo de 1917. En la Teología de la Historia II, Luis Creus Vidal.
La doctrina de la cruz según el Evangelio, Roberto Cayuela, S.I.
Apólogo, Carlos A. Callejo.
La labor del Papa Paulo VI, expuesta en un discurso del Cardenal Tisserant.
Libertad religiosa Exposición de la doctrina en dos apartados, Joaquín Tapies, S.I.
 Director: FERNANDO SERRANO MISAS.

Suscripción ordinaria . . . 300 Ptas. año
 » de amistad de 300 a 1000 Ptas.
 » de protección a partir de 1000 »
 Número suelto 25 »

CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

Director: FERNANDO SERRANO MISAS